SEGUNDA SECCION

EL DIARIO

ARTE y LETRAS

La Paz, Domingo 18 de Octubre de 1953.

VISION SOCIOLOGICA DE LA NOVELA AMERICANA

por

CARLOS LOPEZ NUÑEZ

GRAN parte de la mejor literatura de la América hispánica —lo ha destacado Henríquez Ureña insuperablemente— expone hoy los problemas sociales, o al menos describe situaciones sociales que contienen en germen los problemas. Esto aparece claro en la novela. Por ello se me antoja exagerada la opinión de Zum Felde, que en **El problema de la cultura americana**, uno de los libros más sugestivos últimamente publicados en Hispanoamérica, sostiene que el hombre americano, en cuanto hombre, está ausente de la novela; que ella no es humana, sino puramente telúrica; inarraigada en la patética de la vida; no expresando justamente la dramaticidad de la conciencia propia.

Es cierto que mucho de telúrico existe, pero, ¿debe hablarse —sin más ni más— de ausencia de valor humano? ¿No palpitan en ella hondos, profundísimos ideales con un calor acentuado de humanidad? Indiscutiblemente, sí; y ello ha de verse en seguida sin más que nuestra avidez de lectores destaque, aunque sea al azar, incluso la más oscura producción novelística de aquella vigorosa y a la par emocionada literatura hispanoamericana.

Veamos, más detalladamente, algunos problemas de la inquietante temática sociológica que la novela americana se encarga de actualizar. No es posible detenerse en todos, por multitud de razones. Pero sí en cambio he de apuntar los significativos; aquellos que más hondamente se enraizan en el alma —simple y compleja a la par— de está América hispana o portuguesa, que hereda de la metrópolis todas las grandes virtudes y los apasionados defectos de los pueblos que son antes que nada corazón.

II) DIRECTRIZ BIOSOCIOLOGICA: LA NOVELA BRASILEÑA

La primera gran obra, mucho más literaria que sociológica, obra escrita bajo una inspiración directa antropogeográfica y biosociológica y fuertemente apoyada sobre una gran base de conocimientos y observaciones científicas, es **Os sertoes**, del brasileño Euclides de Cunha (1866 - 1909) en opinión de muchos autores la mejor obra escrita del Brasil, maravillosa en la descripción de los sertones, acertadísima en el estudio de aquel cuadro tan sugestivo de tipología humana, aunque quedaran —no importa— anticuados gran parte de los principios científicos en que se apoyaba.

Es una trágica historia, dura y enérgica como enérgica y dura es la vida del hombre en los sertones brasileños de Bahía. Pesa sobre ella el "fatum" trágico de las obras de Esquilo y algo hay de prometeico (en la guerra a muerte empeñada contra lo que es superior y por eso domina) y mucho de mitológico, pero de una mitología viviente y no muerta donde son dioses los hombres, lo que da esa trágica dimensión de profundidad, clima de la obra, en que vemos troncharse los destinos humanos, como tallos de rosa, al soplo airado de la fatalidad y del dolor.

Precedida de un modo de ensayo de geografía humana, en **Os sertoes** nos narra Euclides da Cunha la historia de un místico delirante rural, Antonio Conselheiro, en torno al cual —(y en el sertón brasileño, de artistas y perfiles tan propios para grabarse en el alma: suelo desnudo casi desértico con su raquítica "caatinga")— congrega y establece una extraña multitud, por él galvanizada hasta el fanatismo.

Son cuatro las expediciones que manda sucesivamente el gobierno republicano para someterlos. Es la lucha a muerte entre la región costera, dominada por las influencias de Europa, y el "sertao" indígena, virgen de civilizaciones extrañas. Y es el heroísmo de la electrizada multitud, rechazando las tres primeras expediciones; y el cuadro final, patético hasta la desesperación, en la que la cuarta de ellas arrasa, reduce a polvo la colonia. Y siempre la valentía y el heroísmo de aquellos "sertanejos", místicos y guerreros a la par, audaces hijos de la tierra rebelde a las influencias de fuera.

Otro novelista brasileño de insuperable fuerza creadora, Graca Aranha (1868 - 1931), desde 1922 corifeo del movimiento modernista en el Brasil, nos deja una magnífica novela, también de tesis: **Canaan**. Trátase nada menos que del problema tan candente de la aptitud racial, de un problema que, desorbitado hace bien pocos años, mantuvo en vilo el interés unánime del mundo por sus trágicas y desventuradas consecuencias.

El grupo brasileño de novelistas, integrado por Raquel de Queiroz, Gracialiano Ramos, Jorge Amado, Marques Rebelo, Lucio Cardoso, Lins do Rego, Erico Verissimo es, tal vez, el de más prestigio entre los que abordan problemas sociales en América. "No se limitan —dice Henríquez Ureña— a la descripción de cómo viven y sufren los indios o los negros; trazan un vasto cuadro de los afanes del obrero en el Brasil, de cómo trabaja y ama, juega y muere en las plantaciones de café, cacao y algodón, en los ranchos de ganado, en los molinos de azúcar, en las minas, en los muelles y los barcos, en los bajos fondos de las ciudades".

III) EL PROBLEMA INDIGENISTA

También el viejo problema de la explotación de los indios —sobre todo a partir de la Revolución mejicana de 1910— irrumpe de un modo violento en la literatura. Se ha llegado a ello, es lógico, en virtud de unas premisas no por dolorosas menos evidentes: el desprecio hacia las razas inferiores, que encuentra en la literatura también su indiscutida afirmación. El negro Honorio, uno de los protagonistas de **Cacao**, novela brasileña de Jorge Amado, quisiera ser blanco. Igualmente Salomé sueña ser blanca, en la **María** de Isaacs. Un desprecio por lo indígena se acentúa en las obras de Fernández de Lizardi y en **La linterna mágica** de José T. Cuéllar. Odio al indio, maestro en devastaciones, se patentiza también en la literatura gauchesca; ante el terror que los mismos provocan:

**"tiemblan las carnes al verlo
volando al viento la cerda,
la rienda en la mano izquierda
y la lanza en la derecha"**

como en **Martín Fierro**, de Hernández, se trata de justificar el odio armado contra el mismo. Lo ha puesto de manifiesto muy bien Agustín Yáñez, y ahora subrayo sus palabras. Ni siquiera la más moderna literatura inspirada en el humanitarismo naturalista y socialista, que parace rebasar por definición la estrechez de las desigualdades humanas, aparece por completo exenta del prejuicio desfavorable a indios y negros.

El peruano César Vallejo, "esencialmente indio"; el venezolano Fombona Pachano; Mariano Azuela, el famoso novelista de Méjico Jorge Icaza, Fernando Cháves, Pablo Palacio, Demetrio Aguilera, del Ecuador; los peruanos César Falcón, Ciro Alegría, Díez Canseco, Barrantes Castro, Adalberto Ortiz, Gerardo Gallego, inlustran —con otros que podrían citarse— la novela Hispanoamericana, preocupada por el problema indigenista, muchas veces derivado por cauces literarios de franca rebeldía social; mucho más acentuada en **Barro de la sierra** o en **Cholos** de Icaza, el novelista ecuatoriano, que en **Tungsteno** (enardecida protesta contra la explotación extranjera y la opresión del hombre) de César Vallejo o en **El pueblo sin Dios**, de César Falcón.

EN **Los de abajo**, del mejicano Mariano Azuela se descubre el problema de la explotación militar del indio —juguete en manos del uno o del otro bando rival— que al final perece en aras de una causa por él mismo ignorada, pero que, de seguro, no le daría la dicha. Así en **Raza de bronce** de Alcides Arguedas, boliviano, cuyo tema apasionante es el de la degeneración de una raza al contacto hostil de otra.

Y siempre la opresión y el espolio poniendo su impronta fija de dolor.

Los gendarmes, enormes fusiles y uniformados de azul a franjas verdes; los gendarmes que "para nada bueno se presentan por los campos: llevan presos a los hombres o requisan los caballos, vacas, ovejas y hasta gallinas" caen (en la novela **Los perros hambrientos** de Ciro Alegría) sobre el indio Mateo, "de sorpresa, mientras que se encontraba aporcando amorosamente el maizal lozano' y lo llevan a la fuerza enrolado para la empresa militar de donde no ha de volver nunca.

"Después de algunos años de trámites judiciales, don Inocencio Rosas, hacendado de Sunchu —se dice en otra parte de la novela— había probado su inalienable derecho a poseer las tierras de un ayllu... Y el tal apareció un buen día por Huarina, acompañado de la fuerza pública y sus propios esbirros, a tomar posesión. Los indios, en un último y desesperado esfuerzo, intentaron resistir. Cayeron algunos. La contundente voz de los máuseres les hizo comprender bien pronto el poco valor de los machetes y las hondas".

IV) SOCIOLOGIA FAMILIAR Y DE LAS CLASES SOCIALES

La sociología de la familia y de las clases sociales: las funciones de relación interfamiliar; la visión de las condiciones económicas y espirituales que juegan en la creación y en la vida de la familia (matrimonios por interés, intervención absoluta de los padres; carencia de educación y de recursos que garanticen la estabilidad y la cohesión familiar, etcétera); por otro lado los métodos de producción, cambio y consumo, "las costumbres originadas en tales fenómenos, el pauperismo y la corrupción moral consiguiente, los apetitos de lucro y dominio, de placer y derroche, los tipos de agiotistas y tahures, de avaros, y desposeídos, de burgueses y aventureros, de acaudalados y misérrimos, de holgazanes y esclavos, constituyen —como advirtiera Yáñez— repletos filones de la literatura iberoamericana, que destaca la fuerza colectiva permanente de la economía, ligada al cúmulo de circunstancias que forman el típico panorama de la vida continental".

Todo el teatro del uruguayo Florencio Sánchez; novelas como **Un perdido** de Eduardo Barrios, **La linterna mágica** de José T. Cuéllar; **Valparaíso, la ciudad del viento**, de Joaquín Edwards Bello; **El contrabando**, del cubano Enrique Serpa; **Beba**, de Carlos Reyles, acusan este carácter que indicamos. Así en **Vida criolla**, de Alcides Arguedas, en que se desenvuelve con criterio determinista la patología de la ciudad; así en **Beba**, indicando los fatales resultados de la consanguinidad en el cruzamiento; así en **Cuestiones de ambiente**, de Gustavo Adolfo Otero, al tratar del sometimiento del carácter a la influencia del medio. Ni la misma **María**, la bella y popularísima novela del gran autor colombiano Jorge Isaacs, se escapa de este a modo de determinismo étnico, vivo en la realidad manifiesta del ambiente social americano, producto de razas distintas, socialmente desiguales también.

Un claro ambiente fatalista se palpa en la misma entraña de los hechos. "No somos nosotros, sino la vida que nos empuja" —dice un personaje, dolido, en **El Contrabando** de Serpa. La organización económica, tan pésima, los arrestra al contrabando, al fraude de la ley:

"El mundo está como un barco mal estibao. To la carga cae pa una parte. Los ricos a un lao gozando las cosas buenas..., y los pobres al otro... No es justo... No hay comunismo, ni anarquismo, ni nada de eso, sino hombres que comen y hombres que no comen; y los que no comen son la mayoría...".

Fatalismo y desesperanza, por tanto. El mismo personaje que ahora habla, lanza su maldición sobre este mundo: "¡Ojalá se lo tragara el mar!" Está visto; la injusticia conmueve hasta lo más hondo las fibras de aquellos hombres, oprimidos por unos y por otros: por la voracidad de la compañía extranjera, amparada incluso por el propio gobierno (así en **Mamita Yunai**, del novelista costarricense Carlos Luis Fallas); por la insaciable codicia de un jefe civil que desposee de su tierra a Juan, el veguero, en aquel **Cantaclaro** de Rómulo Gallegos abierto —como es sabido— a todas las emociones.

Mientras tanto algún poeta, elegiacamente, llora. Así el cubano Francisco J. Pichardo, que en **La canción del labriego** expresa sus ansias incontenidas de igualación social.

Junto a esta literatura, las novelas que describen las revoluciones de los países americanos suelen presentar un valor manifiesto como documentos sociológicos vivos. Muchas hay que consideran la Revolución mejicana: de entre todas merece destacarse **El águila y la serpiente**, de Martín Luis Guzmán, nutrida de las vivencias del autor durante la revolución de Carranza contra el usurpador Huertas. Javier Icaza, José Rubén Romero, Gregorio López y Fuentes, Rafael Muñoz, José Mancisidor, han novelado de este modo los episodios culminantes de la Revolución de Méjico.

El nicaragüense Hernán Robleto, en **Sangre en el trópico** escribe sobre las convulsiones de Nicaragua y la intervención de los Estados Unidos. Juan Bosch, dominicano, en **La mañosa**; Miguel Otero Silva, venezolana en **Fiebre**, nos hablan de estas revoluciones nacionales; y los bolivianos Oscar Cerruto (**Aluvión de fuego**) y Augusto Céspedes (**Sangre de mestizos**), narran los songrientos episodios de la guerra del Chaco (1). Y, al mismo tiempo, la terrible realidad de las dictaduras políticas — "dictaduras criollas, puertas de escape y clausura de insana politiquería, dictaduras carnavalescas, porque están disfrazadas de democracia", al decir de un autor. Y encuentra un debelador formidable en la interesante figura del guatemalteco Miguel Angel Asturias, a quien debemos **El señor Presidente**, novela brillante y bien escrita, que pone el dedo en la llaga viva de una notoria realidad americana.

Rómulo Gallegos, el prestigioso novelista venezolano, hace en **La trepadora** un análisis minucioso de la antigua sociedad aristocrática y semifeudal y en **El forastero** nos describe los efectos vergonzantes de la política de cuadrillas y violencias en el país.

El mismo Ciro Alegría, en **Los perros hambrientos**, caricaturiza la fácil burocracia de las subprefecturas, servidas por "esa serie de engreídos e inútiles que, entre otras buenas y eficaces gentes, pare Lima por cierto"; burocracia inepta, torpe para adueñarse de los problemas que urgen soluciones. Y sobre todo, dominando como una sombra negra el horizonte entenebrecido de la acción, el fantasma terrible del hambre, que afloja el sentimiento de fidelidad debida. Viene entonces la catástrofe.

Indios y cholos se rebelan contra el amo. Los perros, hambrientos, vagabundean y —fieles guardianes que eran— devoran rabiosamente los ganados. La naturaleza se muestra hostil al hombre, y como en la obra de Kalidasa, el gran hindú, la planta seca eleva la mirada hacia ella, hacia la nube mensajera, y lo único que le pide es una dulce lluvia.

V). SOCIOLOGIA DEL MEDIO

Es que de todos modos, también junto al problema de relaciones entre seres humanos hay que contar con una sorda lucha contra la hostil naturaleza, tenso continuamente el arco de los esfuerzos del hombre por dominarla.

Porque dos pueden ser las actitudes del hombre americano ante la misma: o sentirse ligado a ella, en íntima unión con lo telúrico, o, como acabo de indicar, en actitud de oposición y de lucha continua. La primera de ambas perspectivas es la que contempla Prado en **Alsino** y Hudson en **Green Mansions**: el hombre, en aquellas regiones del sur del Orinoco, se siente "surrounded by water, marsh, and forest, the breeding - place of myriads of croaking frogs and of clouds of mosquitoes", pero ello le despierta —más que sed de dominio— una conciencia fervorosa de la verdad, del bien y la esperanza. Su alma, en último extremo, se acerca a la naturaleza y se funde en un todo con ella en unos poeticos anhelos del más romántico de los panteísmos. El hombre, aun vencido por ella, vence.

Y hay también la segunda actitud, tan general en la novelística hispanoamericana como es excepcional la primera. Una gran joya literaria, **La vorágine**, del colombiano José Eustasio Rivera, simboliza cual ninguna el donodado esfuerzo, laborioso y no siempre fecundo de dominación. Terrible pintura del trabajo en las selvas del caucho, desde Colombia al Brasil marchan sus personajes, dejando en el camino casi siempre jirones de su propia vida. Es el tributo inexorable que exige la selva en rabia voraz y continuada.

"Aquí los responsos de sapos hidrópicos, las malezas de cerros misántropos, los rebalses de caños podridos. Aquí la parásita afrodisiaca, que llena el suelo de abejas muertas... Aquí, de noche, voces desconocidas, luces fantasmagóricas, silencios fúnebres. Es la muerte, que pasa dando la vida...".

Y lo peor, en verdad, no es lo que tanto preocupa al Conde de Keyserling en sus **Meditaciones suramericanas**. Ni el peligro inmediato de roedores y reptiles, ni la fulminante invasión de los tambochas, las voraces hormigas coloradas. Lo peor es que bajo el poder de la selva los nervios del hombre se convierten en haz de cuerdas distendidas hacia el asalto, hacia la traición y la asechanza. Lo peor es que

"la selva trastorna al hombre, desarrollándole los instintos más inhumanos; la crueldad invade las almas como intrincado espino, y la codicia quema como la fiebre. El ansia de riquezas convalece al cuerpo ya desfallecido, y el olor del caucho produce la locura de los millones... La selva los arma para destruirlos, y se roban y se asesinan, a favor del secreto y la impunidad, pues no hay noticias de que los árboles hablen de las tragedias que provocan".

Rómulo Gallegos, algunos de cuyos motivos literarios fueron ya indicados, registra también una lucha semejante contra la salvaje naturaleza de la sabana de Venezuela, contra la llanura devoradora de hombres. Así en la novela **Doña Bárbara**, mostrándonos la impresionante grandeza de los llanos y el temple viril de aquellos hombres.

Así también en su **Canaima**, la novela de la selva del caucho guayanesa, en que sentimos el completo triunfo de la tierra sobre el hombre; la victoria de Canaima, el espíritu del mal que disputa el mundo a Cajuña, el bueno. Marcos Vargas, su protagonista —hijo de la selva como es— se entrega a ella: a la naturaleza implacable...

La pampa argentina que tan magníficamente describiera Sarmiento en las páginas primeras del **Facundo**, fué el campo de aventuras —y de sufrimientos también— del gaucho **Martín Fierro**, payador afamado cuya vida nos narra José Hernández en un magnífico, encendido poema, tan justamente valorado por don Miguel de Unamuno cuando todavía, ni por asomo, había de pensarse en el valor literario del gran poema en cuestión.

Crítica valiente de la vida pública del país, es dura la experiencia de Martín Fierro en el ejército —el poema, no hay que olvidarlo, está escrito como autobiografía— donde es enrolado a la fuerza hasta que acaba desertando.

**"El anda siempre juyendo,
siempre pobre y perseguido;
no tiene cueva ni nido,
como si juera maldito;
porque el ser gaucho... ¡barajo!,
el ser gaucho es un delito...".**

Y luego más tarde, pendenciero ya, jugador, borracho, continuamente perseguido, huyendo siempre de una tenaz persecución, acaba uniéndose a los indios en una vida que él quisiera distinta.

Una novela, moderna ésta, **Don Segundo Sombra**, de Ricardo Güiralde ha incorporado definitivamente a la literatura la pampa argentina moderna. Don Segundo Sombra es el nuevo gaucho, infatigable devorador de leguas y leguas —raza nueva de centauros— atornillado al arzón del caballo,curtido por todas las inclemencias del tiempo, viril y sobrio a la par. "Tiene—dice Güiraldes— esa indefinida voluntad de andar, que es como una sed de camino y un ansia de pasión, cada día aumentada...". Ama entrañablemente a la libertad. Delante de él, la pampa inmensa le ofrece una lección, nunca olvidada, de independencia y de infinitudes. En ella él se mira, en ese espejo vegetal bruñido por el sol de la mañana y su alma, ingrávida, se escapa como una flecha al blanco inalcanzable. Porque el alla, el más allá, vagando continuamente de un hogar a otro, conduciendo puntas de ganado o domanmando potros salvajes en esa pampa inmensa, no se alcanza nunca. Quiero decir q' nunca se llega. Don Segundo Sombra, odo un simbolo, no llegará nunca: él quiere ser libre. Cuando su discípulo Fabio, en posesión de la fortuna, despierta su espíritu vagabundo errante; pronto lo lleva con él. Don Segundo Sombra accede. Pero pronto marcha de nuevo.

¿Enseñanzas de **Martín Fierro** o de **Don Segundo Sombra**? Muchas. ¿Qué autor, que crítico, qué sociólogo, no ha sacado las suyas? No obstante, pensemos —no por sabido ha de ser menos recordada— que en el fondo se trata del mismo problema que apuntó Salaverría: la sustitución del criollismo racial e histórico, profundamente americano, por una cultura y una sociabilidad nueva y exótica que surgen del fondo cosmopolita de Buenos Aires.

(1) Si bien estos libros, sobre todo el de Cerruto —dicho sea de paso, el mejor escrito que conocemos de la novelística boliviana—, más que la narración espisódica de la guerra, constituyen vigorosos antecedentes de la realidad actual boliviana. Se anticipan luminosamente a su tiempo, y en ello fincan, a nuestro entender, aparte su incuestionable calidad literaria, sus mejores títulos.

CONTINUIDAD

Y, sin embargo, entre la noche inmensa
con que me ciñe el luto en que te imploro,
aflora ya una luz en cuyo azoro
una ilusión de aurora se condensa.

No es el olvido. Es una paz más tensa,
una fe de acertar en lo que ignoro;
algo —tal vez— como una voz que piensa
y que se aisla en la unidad de un coro.

Y esa es mi voz. No la que oiste,
viva, cuando te hablé, ni la que el fino
metal del eco ajustará en su engaste,

sino la voz de un ser que aun no existe
y al que habré de llegar por el camino
que con morir tan solo me enseñaste.

JAIME TORRES BODET

A la manera de los cuentistas rusos

¡LEVANTATE Y ANDA!

MANOLO Manolovich yacía tendido sobre la estufa, envuelto en su viejo macferlán color peonía lleno de remiendos y manchas. Llevaba cincuenta y dos horas en la misma postura, y, de rato en rato, se quejaba sordamente. Era un joven pálido, de negros cabellos ensortijados y bello perfil de medalla antigua. No tenía más que veintitres años, pero representaba veinticuatro por la honda arruga que surcaba su frente y el rictus de dolor que le crispaba la boca.

Padecía.

Primero fué un hormigueo sin importancia en el talón derecho, mas poco a poco el dolor fué subiendo e invadió la pantorrilla, la rodilla y el muslo, y ahora sentía atroces puntadas en toda la pierna.

Catorce horas llevaba soportando aquel tormento, sin resolverse a llamar, pues los servicios del mujik Zajar lo exasperaban. El amaba entrañablemente al viejo Zajar, que casi lo había amamantado, aunque no podía escuchar sus lamentaciones sin que le crisparan los nervios, pero el dolor llegó a ser tan agudo que gritó:

¡Zajar! ¿Me vas a dejar sufrir hasta el día del juicio?

Zajar se levantó lentamente del camastro que ocupaba en el otro extremo de la habitación, colocó en el suelo, después de besarlo, el rosario de cuentas azules y se acercó a su amo. Zajar era el tipo acabado del viejo mujik, pues ya no era joven. Iba envuelto en una pelliza de piel de carnero, rota en los codos, y se tocaba con un gorro ruso del mismo animal:

—¡El día del juicio has dicho, barín! ¿Por qué has dicho eso? ¿Ignoras que todos somos hijos de Dios y que nuestro padre es el Zar? ¡No eres un buen cristiano, barín! ¿Qué diría Pepa Pepovna, tu santa madre, si te oyera?

Aquellas referencias a su madre era lo que más exasperaba al joven estudiante, pues, como nadie ignoraba en San Petersburgo, la generala huyó con un profesor de música italiano, cinco años antes de que él naciera. Su padre, el general, no pudiendo sobrevivir al dolor y la deshonra, juró solemnemente no volver a oir tocar la mandolina, y, un año antes de nacer el joven, murió de dolor en el Cáucaso, después de una borrachera de vodka que duró siete días, razón por la cual Manolo Manolovich vino al mundo en el seno de una familia bastante desorganizada y del todo inexistente, sin tener más apoyo ni protección que el viejo Zajar.

Pero el dolor de su pierna era tan intenso que, rechinando los dientes, calló. La puerta al abrirse dejó entrar una ráfaga de viento con nieve y a un tercer personaje.

Era este un hombre cuya edad fluctuaba entre la de Manolo Manolovich y la de Zajar. Vestía un traje raído, pero de corte elegante. Sus pómulos eran salientes y rojos y su nariz tan ganchuda que amenazaba a cada instante caer entre sus dientes amarillos. Tenía un ojo gris y penetrante, nublado por una vaga tristeza, y el otro cubierto por una venda negra.

Era jorobado y se sentó en una silla.

Al cabo de un rato murmuró:

—Si tomáramos té...

Zajar consultó con los ojos a su amo y encendió el samovar.

Manolo Manolovich lanzó un grito de dolor contenido y pidió a su visitante un cigarrillo.

—Son de veinte kopecs —dijo el recién llegado alargándole uno.

—Gracias, de todos modos, Alejandro Alejandrovich. ¡Sufro tanto!

—Sí, lo comprendo: es el alma rusa.

—Y la pierna.

—¡Oh, la pierna! Te digo que es el alma rusa. ¿Sabes de dónde vengo? De casa de mi hermana Afissa Ivanovna, la que tuvo que dedicarse a un comercio infame para pagar sus estudios: pues bien, acaba de arrojar un pulmón.

—¿Cuántos le quedan?

—Ninguno: es el tercero. ¿Y sabes lo que es eso?

—Exageración pulmonar.

—No, es el alma rusa, mon cherí; en ninguna parte del mundo una muchacha como Anfissa Ivanovna viviría con menos de un pulmón y medio. "Cherches la femme" capaz de tal cosa fuera de la santa Rusia.

—¡Ay mi pierna! —exclamó el joven.

—No te preocupes, conocí un barquero del Volga al que le amputaron varias piernas, sin que por eso abandonara su trabajo, y a un cosaco del Don le amputaron las cuatro de una sola sentada, pero creo que no fué a él, sino a su caballo. Tendré que informarme... ¿Y ese té?

—Barín, el agua hierve que se las pela, pero no tenemos té —dijo Zajar.

—Me lo esperaba —repuso el joven Alejandro Alejandrovich, y sacando de su bolsillo unas cuantas hojas de té, mezclado con pelusa y polvo de tabaco, lo dió al criado, y agregó: —Lo robé a un ciego. ¡Dios me lo perdone! Vodka ¿tienen?

—Sí dos botellas.

—Es el alma rusa. ¿Y tu pierna?

—Ya no lo siento —dijo el joven estudiante saltando alegremente hacia el té y el vodka.

—Te felicito, aunque, pensándolo bien, sólo el dolor es agradable.

—Siempre que me acuesto se me duerme la pierna de abajo y luego me cuesta mucho decidirme a darme vuelta, pero ya la tengo bien despierta.

—¡Loado sea Dios! —exclamó Zajar.

—Tu pierna es como el alma rusa, sólo necesita un cambio de postura para despertar.

Y los tres hombres tomaron el té con los ojos fijos en el porvenir.

CONRADO NALE ROXLO



ANTECEDENTES DE LA REFORMA AGRARIA

CONCLUSIONES

por ARTURO URQUIDI

I.— ASPECTO DOCTRINAL DE LA REFORMA

1a.— Las condiciones económicas, sociales y políticas del país hacen posible únicamente, en la presente etapa histórica, la realización de la llamada **Revolución Democrática — Burguesa** (1), la cual consiste en liquidar la herencia feudal e implantar un régimen agrario capitalista, que implica maquinización, inversión de capitales cuantiosos, ensanchamiento de los mercados, etc. Liquidar la herencia feudal consiste, por otra parte, en eliminar el latifundio expropiando la tierra y entregándola a quienes la trabajan, a fin de emancipar a las masas campesinas de su servidumbre e intensificar el desarrollo de las fuerzas productivas. La alianza del proletariado y de las masas campesinas e indígenas en general, es indispensable para garantizar la eficacia de este proceso de transformación. La necesidad de superar la "etapa feudal" como requisito inexcusable para conseguir "la liberación del trabajador agrícola" se halla preconizada, por lo demás, no sólo por las fuerzas de izquierda sino, inclusive, por algunos bandos conservadores del país, entre los cuales se cuenta cierto sector del Catolicismo.

II.— FINES ESENCIALES DE LA REFORMA

2a.— Partiendo de la premisa sentada en el punto anterior, lo más esencial de las aspiraciones de la Reforma Agraria puede condensarse en los siguientes fines:

a) **Proporcionar tierras a los campesinos que no las poseen y que las trabajan**, expropiando para ello a los latifundistas que retienen tierras en exceso o que disfrutan de una renta absoluta inmoderada y no proveniente de su trabajo personal en el campo ni de sus esfuerzos por modernizar los cultivos;

b) **Proteger a los medianos y pequeños campesinos y agricultores** que trabajan personalmente o con sus familias sus propiedades y que, a más de subvenir a sus necesidades domésticas, muestran preocupación por impulsar la producción y comercialización de las riquezas agropecuarias del país;

c) **Estimular la mayor productividad y comercialización interna y exterior de la Agricultura y Ganadería del país**, consultando la necesidad de la especialización regional de los cultivos, a fin de restringir el drenaje de divisas ocasionado por la importancia de productos agropecuarios, con perjuicio del desarrollo de otras actividades económicas importantes;

d) **Conservar los recursos naturales del territorio**, tomando medidas eficaces contra la erosión, la explotación irracional de bosques y praderas, las plagas que diezman los ganados y plantaciones y atendiendo a la protección de especies domésticas y silvestres que se van extinguiendo, al aprovechamiento de la energía hidroeléctrica, etc.

e) **Procurar que algunas actividades agrícolas aplicadas a fines nocivos para la salud del pueblo, deriven hacia industrias favorables para el bienestar físico y la economía del país**, estimulando para ello la diversificación de la industria o producción agropecuaria.

f) **Iniciar la experiencia de Granjas del Estado Boliviano (G.E.B.)**, a base de las tierras fiscales y de otras expropiables a los latifundistas, aun dentro de las zonas próximas a las ciudades y a los mercados, con orientación a presentar ante los campesinos modelos de agricultura modernizada y colectivizada y demostrar prácticamente las ventajas de ese sistema de explotación sobre el de la economía feudal e individualista;

g) **Impulsar el Cooperativismo Agrario**, tanto en el aspecto de la producción como del consumo, intensificando la ayuda del Estado a las comunidades y pequeñas y medianas propiedades en materia de adquisición de semillas, abonos, ganado fino, máquinas, créditos, edificaciones rurales, educación, etc., y adoptando medidas para que las cooperativas se organicen conforme a dos principios básicos: el de la voluntaria o libre adhesión y el de la retribución proporcional al número de jornadas de trabajo;

h) **Cooperar a la modernización de técnicos de cultivo y ganadería en las comunidades indígenas**, respetando en lo posible sus tradiciones colectivistas;

i) Procurar que, de inmediato, la reorganización de la industria agropecuaria boliviana, **provea a la subsistencia de la población de los propios campos, de los distritos mineros, de los villorrios y ciudades de la República**, hoy gravemente amenazados de carestía de artículos agropecuarios esenciales;

j) **Crear las condiciones necesarias que permitan el tránsito de las pequeñas explotaciones individuales a las grandes explotaciones de tipo colectivista**, mediante la mecanización de la agricultura y desplegando una acción sistemática para convencer a los campesinos de la superioridad de la economía asociada sobre la pequeña economía privada;

k) **Adoptar medidas eficaces para imponer una severa disciplina de trabajo en el campo**, a fin de lograr la ejecución de los grandes objetivos de la Reforma, como la planificación de la agricultura, el incremento de la producción, la especialización regional de los cultivos, etc., etc.

III.— CLASES O MAGNITUDES DE LA PROPIEDAD RURAL

3a.— La clave de la Reforma Agraria en proyecto consiste, a juicio nuestro, en caracterizar debidamente las distintas clases o magnitudes de la propiedad rural **(latifundio, mediana propiedad, pequeña propiedad, empresa agrícola, propiedad de personas colectivas, etc.)** y en precisar las perspectivas históricas de las comunidades indígenas. De acuerdo a la fundamentación teórica de la parte expositiva, las diversas clases o magnitudes de la propiedad rural pueden ser configuradas del siguiente modo:

a) **Latifundio.—** Se entiende por latifundio la propiedad rural de gran extensión, variable según su situación geográfica, que permanece inexplotada o se halla explotada deficientemente, por el sistema extensivo, con instrumentos y métodos anticuados que dan lugar al desperdicio de la fuerza humana; caracterizado además, en cuanto a la organización de la tierra, por la concesión de pegujales, sayañas u otras denominaciones equivalentes, de tal manera que su rentabilidad, a causa del desequilibrio entre los factores de la producción, depende fundamentalmente de la plusvalía que rinden los campesinos en su condición de siervos o colonos y de la cual se apropia el terrateniente en forma de renta—trabajo, determinando un régimen de opresión feudal, que se traduce en el atraso agrícola del país y en un bajísimo nivel de vida y de cultura de la población campesina.

b) **Pequeña propiedad.—** Pequeña propiedad es aquella que se explota personalmente por el campesino y su familia, de tal manera que la renta que produce le permite subvenir a sus necesidades fundamentales y a otros de orden cultural. El trabajo personal del campesino no excluye el concurso eventual de otros colaboradores, dentro de las condiciones que fueren establecidas para el trabajo agrícola.

El mínimum de patrimonio rural disfrutable, según las diferentes regiones geográficas del país, debe ser fijado de tal modo que esta pequeña propiedad pueda satisfacer todas las necesidades materiales de la familia campesina, fuera de permitir la comercialización de una parte de sus productos para elevar el nivel de vida y de cultura de dicha familia campesina.

En cuanto a los minifundios o parvifundios, lo aconsejable será tender a que éstos sean remodelados y agrupados en cooperativas para superar las desventajas que presentan desde el punto de vista económico.

c) **Mediana propiedad.—** Mediana propiedad es aquella que, teniendo una extensión mayor que la calificada como pequeña, se explota con el concurso de trabajadores que no forman parte de la familia del propietario y que son asalariados, o empleando medios técnicos modernos que le permiten, por el volumen de su producción comerciable, convertirse en un factor progresivo de la economía nacional.

La extensión superficial de la mediana propiedad así como de la pequeña, tendrá que ser fijada para cada región geográfica del país por comisiones técnicas especiales.

d) **Empresa Agrícola.—** Empresa Agrícola o propiedad agraria capitalista es aquella que se caracteriza por la inversión de cuantioso capital, proporcional a la superficie disponible, la aplicación de medios técnicos modernos y el empleo de gente asalariada. Esta clase de propiedad agrícola no podrá exceder del límite máximo de extensión asignado a las diferentes regiones geográficas del país. Las empresas agrícolas que estén en función al tiempo de promulgarse el Decreto—Ley Fundamental de Reforma Agraria, con extensiones de tierras que sobrepasen los límites máximos, deberán ser expropiadas en sus excedentes.

Las propiedades mecanizadas e industrializadas deben ser conservadas dentro de los límites máximos establecidos para las distintas zonas geográficas a fin de incrementar la producción y estimular el progreso agropecuario del país, siempre que no obstaculicen el remodelamiento de la propiedad agraria y la planificación territorial. Tratándose de esta clase de propiedad, deberá tenerse especial cuidado de que el asalariado rural goce de los mismos derechos y garantías que el obrero industrial.

e) **Tierras de personas colectivas.-** Tierras de personas colectivas son aquellas cuyos propietarios son instituciones a las cuales leyes expresas del Estado reconocen capacidad civil para adquirir la propiedad rural.

El Decreto-Ley de Reforma Agraria puede reconocer como a tales instituciones a las siguientes:

1º Las Municipalidades;

2º Las Universidades;

3º Otras instituciones cuyo derecho sobre la propiedad rural debe ser objeto de expresa y concreta calificación por la Ley.

Tanto las Municipalidades, como las Universidades y las demás instituciones públicas comprendidas en esta categoría, podrán tener derecho a llegar hasta el límite máximo fijado para la propiedad de las empresas agrícolas, dentro de cada región geográfica, siempre que al hacerlo cumplan una función de notoria utilidad colectiva.

f) **Propiedad de las comunidades indígenas.—** Propiedad comunaria o de las comunidades indígenas es aquella poseída y explotada por los ayllus o asociaciones de éstos y que arrancan sus títulos legales desde la época colonial, habiendo sido ratificados tales títulos por las revisitas efectuadas durante la República.

Conforme al Art. 168 de la Constitución Política que dice que "el Estado reconoce y garantiza la existencia legal de las Comunidades Indígenas", el Decreto—Ley de Reforma Agraria debe respetar el actual derecho de ellas sobre la propiedad de sus tierras y prestarles ayuda técnica, facilidades de crédito, etc.

Las medidas relativas a las Comunidades Indígenas podrían inspirarse en los siguientes puntos de vista:

1º La existencia actual de las **Comunidades Indígenas**, así como la del latifundio, se debe al atraso de nuestro régimen agrícola, a la subsistencia de la feudalidad en el campo. En consecuencia, la transformación que se impone en las presentes circunstancias, tendrá que consistir en la liquidación de estas formas arcaicas y feudales de producción, para ingresar en un régimen capitalista en cuanto a la organización de la propiedad y el trabajo agrícolas, como fase transitoria hacia estadios superiores de evolución.

2º Los antagonismos y contradicciones que se producen en el seno de las comunidades indígenas, por una parte, y la aplicación de los sistemas capitalistas de explotación agraria, por otra, pueden buenamente determinar, a plazo más o menos corto, la disolución de aquéllas y convertir a los comunarios en campesinos libres, sobre todo ahora que la Reforma Agraria ha de crear nuevas condiciones de trabajo en el campo. Sin embargo, es también probable que la tradición tenga mayor poder y que las comunidades indígenas, por la fuerza de las circunstancias, continúen desempeñando el papel de organizaciones protectoras de los campesinos aglutinados en ellas. Este antecedente puede ser aprovechado para encauzarlas hacia un sistema cooperativista, de acuerdo al principio de "libre adhesión", a fin de lograr que dichas comunidades indígenas se orienten hacia una organización auténticamente colectivista, incorporarlas de una vez a un régimen de economía mercantil o monetaria y facilitar la concesión de créditos, la tecnificación de los cultivos y la acción educativa del Estado sobre la población campesina concentrada en aquéllas. Para ello será indispensable que los Poderes Públicos se preocupen de elevar las condiciones de existencia y de cultura de estos núcleos aborígenes, para despertar en ellos inquietudes superiores e inculcarles una nueva concepción de la vida, de tal manera que al sentir la presión de necesidades antes no conocidas o poco habituales, se vean precisados, por sí mismos, a vencer la inercia de sus costumbres y ponerse al ritmo de la marcha social de nuestros días.

3º A manera de ensayo y previa una adecuada labor de convencimiento, se podría proceder a la organización de una cooperativa piloto en alguna de las comunidades indígenas, a fin de que ella sirva de modelo y de ejemplo a las demás, difundiendo sus beneficios en forma objetiva o fácil de captar por la conciencia indígena. En todo caso, los comunarios asociados deberán tener su **propiedad personal**, fuera de las tierras aportadas a la organización cooperativista.

4º Los comunarios que carecen de propiedad serán organizados en **granjas colectivas** en tierras sobrantes de la Comunidad o en los latifundios próximos que fueren expropiados. En caso de no ser viables tales granjas colectivas, los comunarios de la categoría indicada serán dotados de parcelas iguales a las que poseen los originarios, en alguna de las clases de tierras anteriormente señaladas.

5º Los fundos que las comunidades indígenas poseen con carácter de "propiedades particulares", si tienen la calidad de latifundios, serán expropiados en favor de los campesinos que los habitan, a fin de que éstos puedan emanciparse de su servidumbre, en análogas condiciones que los colonos de los latifundios de propiedad individual.

6º Las tierras pertenecientes a las comunidades indígenas serán catastratadas e inscritas en el padrón respectivo, previas las operaciones de mensura y avaluación, en las mismas condiciones que las propiedades rurales de carácter particular.

---

(1) "Cuando hablamos de la revolución democrático—burguesa, queremos decir lo siguiente: Entendemos por revolución, el resultado de la evolución detenida. Ella se realiza en todo el mundo de la Naturaleza; ha sido y es una forma de existencia social, cuantas veces se ha detenido el curso natural de la evolución de ésta.

La evolución del país, en todos sus aspectos, está DETENIDA en la etapa económica del feudalismo, LA FORMA DE PRODUCIR (sin llegar aún al adelanto introducido por el desarrollo técnico que aportó la burguesía en otras partes del mundo), LAS RELACIONES DE TRABAJO con supervivencias de régimen servidumbral de la Edad Media, especialmente en el campo, coloniaje, vasallaje, etc.), el COMERCIO (trueque, cambio, restricción de las de comunicación, etc.), tienen un atraso histórico en que la evolución se ha detenido. Se impone una revolución burguesa, es decir, que corresponda al período económico del progreso burgués, que en nuestro país comprende la liquidación del feudalismo, la reforma agraria, la planificación de nuestra economía, la creación de industrias, trabajo para todos, urbanización de nuestras ciudades, agua potable y alcantarillado aun para las villas, vinculaciones camineras estables, ferrocarriles y aviación en gran escala, lucha contra el paludismo y la tuberculosis, electrificación de las ciudades y campos y, consiguientemente, luz, calefacción, baños para todos en el último rincón, alfabetización e instrucción generales, etc. Por eso decimos que impulsamos la revolución burguesa.

Paralelamente, hablamos de la revolución democrática. Con ello queremos expresar que en Bolivia se ha detenido también la forma de gobierno, en la oligarquía; que el poder está repartido entre gobernantes, patrones, gamonales, latifundistas, curas, etc., que mandan, administran justicia y castigan no en virtud de investidura legal, sino por el hecho de tener a su servicio a la gente que se les somete; que el gobierno está a merced de cualquier aventurero o de cualquier logia; que las promociones electorales están llenas de vicios; que no hay prácticamente ninguna libertad para el pueblo; que se impone el dominio del terror por cualquier pandilla audaz; que tres cuartas partes de la población no están habilitadas para votar ni tiene capacidad real, efectiva (no solamente jurídica) para hacer valer sus derechos, etc. Por eso decimos que impulsamos la revolución democrática para sacar a Bolivia de ese estado y darle una forma de expresión popular y de gobiernos estables, correctamente elegidos con autoridad y técnica para administrar, apoyados en el pueblo, en su confianza y en su respeto y no en las bayonetas.

Esta revolución democrático-burguesa (democrática por su forma de gobierno, burguesa por su contenido económico), será hecha por un gran movimiento de UNIDAD NACIONAL, en el que participen todos los sectores progresistas y de izquierda, en fin, toda la nación que está interesada en estas transformaciones, excluyendo a los fascistas, que son retardatarios y que se identifican con el atraso del país, actuando a modo de lastre de nuestro pueblo".— **Ricardo Anaya.— "Unidos Venceremos".—** Santiago de Chile, 1945, páginas 19—20.

"Como es sabido, nuestro país posee una estructura económica **combinada**: las más retrasadas formas de producción (agricultura comunal y feudal) se combinan con las últimas expresiones de la técnica contemporánea (industrialismos)". Precisamente, del carácter combinado de la revolución proletaria, en el sentido de que **combinará**, "la lucha por la destrucción de las retrasadas formas feudales de producción, con la lucha socialista contra el imperialismo mundial". Ahora bien, a esa lucha por la liquidación de la herencia feudal y la consiguiente transformación burguesa, es a lo que en principio se denomina REVOLUCION DEMOCRATICO — BURGUESA. Naturalmente, entre esta revolución y la socialista, no existen etapas o períodos intermedios. El proceso revolucionario, como tal es uno sólo: se enlazan, a las reivindicaciones democráticas, las reivindicaciones socialistas, de una manera ininterrumpida y permanente.

Pero, ¿cómo se realizará la revolución democrático—burguesa? Desde luego, —y descontando la pequeña y mediana propiedad rural, que será garantizada y eficazmente ayudada por el Estado Socialista— las tierras, como se sabe, son de propiedad exclusiva de una minería de terratenientes. Estos terratenientes, al mismo tiempo que conservar una técnica feudalista de producción, esclavizan villanamente a colonos e indígenas, manteniéndolos en deliberada ignorancia, con el fin de perpetuar la explotación. La revolución democrático—burguesa, DESTRUIRA las condiciones feudales de producción; EXPROPIANDO A LOS LATIFUNDISTAS SIN INDEMNIZACION ALGUNA. Las tierras, que hasta ese momento beneficiaban simple y llanamente a la minoría de terratenientes, pasarán a poder de los indígenas y colonos, quienes las cultivarán en su provecho y en el de la sociedad entera. EN EL FONDO, ESA ES LA REVOLUCION DEMOCRATICO — BURGUESA, LLAMADA TAMBIEN REVOLUCION AGRARIA—ANTIIMPERIALISTA". **Ernesto Ayala Mercado.—** Prólogo del folleto "Fines y Medios de la Revolución Democrático — Burguesa" por A. Lavalle.— Cochabamba, 1946 pág. 2.

VALLEJO Y LO ABSOLUTO

por

JOSE MARIA DE ROMAÑA GARCIA



Es un hecho la vigencia de César Vallejo en la actual poesía española e hispanoamericana. Con una revolución mucho menos extensa pero más profunda que Rubén Darío, se ha adelantado en varios lustros a los nuevos equipos de poetas religiosos y sociales. Cada día se le lee y estudia más por su contextura tan americana y tan española, que repite la fusión de Garcilaso el Inca. Se habla de su sociabilidad, de su peruanidad, de su españolidad, de su humanidad, de su religiosidad. Trato aquí de poner algunos márgenes a este último aspecto.

César Vallejo, "este gran peruano cuyo nombre parece un equipo en que gira la lengua lírica española abriéndose hacia nuevas llanuras de tiempo" (Valverde), de creador aliento social casi estrenados en letras castellanas, y de poesía religiosa no vivida con tal fervor desde hacía siglos, hombre y poeta sufriente, social y escatológico, está con más hondura quizá que Amado Nervo, en la línea de los poetas religiosos. Conservando, por cierto, en una biografía de cumbres tan dominantes y tan dominadoras como Juan de la Cruz, Lope, Gertrude von le Fort, Peguy, Max Jacob, Gabriela Mistral y Tagore, por citar sólo nortes opuestos, un modo personalísimo fraguado en su propia tormenta interior, y, a lo sumo en las fuentes mismas de la poesía religiosa: Job y los profetas hebreos.

En el poeta Vallejo se incorpora indiscutiblemente, a despecho de él mismo y de sus simpatías marxistas, que más que comunistas son sociales, un honrado y constante trascendentalismo, una fervorosa proa hacia el más allá: más allá de sí mismo —el prójimo, la vida de los hombres—, más allá de la vida —la muerte—, más allá de la muerte, aunque no por el camino de la muerte —Dios—. Tres objetos religiosos —prójimo, muerte, Dios— que polarizan intrínsecamente toda su obra. Extrínsecamente, en la piel de su poesía, encontramos una desconcertante abundancia de terminología religiosa e incluso ritual y un influjo marcadísimo de la Biblia, que no es mero tatuaje, sino resonancia y respuesta de exigencias íntimas.

LA VIDA

Destaquemos los elementos religiosos de la biografía temporal de Vallejo. El ambiente de su hogar, un hogar de doce hijos, es el rancio y cristiano ambiente patriarcal de las familias provincianas del Perú. "Hay soledad en el hogar, se reza" (HN 74). 1. Nos habla de cuadros de santos en las paredes (HN 73), del rosario en familia por la tarde (HN 74). Pero no es sólo eso, que podría ser más o menos externo: **Los Heraldos Negros**, su primer libro de poemas y, lo mismo, aunque menos exteriormente, los otros tres publicados a lo largo de su vida, están saturados de motivos rituales y dogmáticos.

Cierto que es una moda de ese momento modernista la alusión religiosa y bíblica; pero no recuerdo, fuera quizá de Valencia, un poeta que la frecuente tanto en esos años, y este insistente retorno indica algo más que mera aquiescencia a una moda literaria. Nos habla frecuentemente de Dios, Jesús, comunión, Jordán, Olivos, Epifanía, Nochebuena, Viernes Santo, Hostia, Oración, incluso términos rituales, ascéticos o jerárquicos: clavos, cruces, bronces, leños cristianos, "día espléndido, solar, arzobispal" (PH 178); el verano "con gran rosario de amatistas y oro" es "un obispo triste que llegara de lejos a buscar y bendecir los rotos aros de unos muertos novios" (HN 35); y aquel gracioso apunte de la mujer que "agranda las pupilas como en las sanciones del confesionario" (PH 232).

Respecto de su vida podrían darnos datos valiosos los amigos que lo acompañaron: Larrea, Huidobro, Gerardo Diego, Porras Barrenechea, Picasso, Bergamín, Alberti y, sobre todo, Georgette. Es de esperar una biografía suya antes que desaparezcan esas fuentes. En este sentido esperamos mucho del anunciado libro del francés Coyné.

De hecho se habla repetidamente de la caridad y humildad de Vallejo. ¿En qué sentido lo son su sencillez y su interés social? Creo que únicamente en esta tesitura gradual: estas dos actitudes, en la entrega, el extremo y la continuidad con que las vive Vallejo, son dsconocidas fuera del cristianismo. De hecho podrían darse fuera de él, en un plano natural por supuesto, en un grado menor; pero si se llegan a dar de hecho en determinado grado desinteresado y costo, en hombres incluídos en un ambiente cristiano, sobre todo si han tenido su educación y desarrollo en esa religión, habrá que atribuirlas desde luego a filtraciones del Evangelio, que todo lo atrae hacia sí. Hay más; Vallejo se sitúa y sitúa esas actitudes suyas, formalmente, en algunas ocasiones, dentro del cristianismo. Encontramos una vez más un Vallejo religioso en muchos aspectos, y también explícitamente cristiano en muchos momentos de su obra. Sin embargo, todo eso no basta para hablar rigurosamente de virtudes cristianas, que suponen una entrega más compleja y absorbente a la sobrenaturaleza. Sí puede hablarse de actitudes de inspiración cristiana.

El motivo, más que de orden biológico, es espiritual. Quiera o no, consciente o inconscientemente aflora en Vallejo la marea de 20 siglos de cristianismo. Sería infantil querer hallar perfección literalmente cristiana en ese hombre turbio y bueno, pero, en un sentido práctico y de hecho, sí podemos ver en sus virtudes naturales, heredadas o conquistadas, un reflejo sobrenatural que, en algunos versos, llega a hacerse buscado y consciente.

Otro dato cristiano en su raiz, aunque no siempre en su formulación refleja: la aceptación del dolor como clima de la vida.

EL DOLOR

Vallejo acepta el dolor como clima de la vida —y con esto entramos en el poeta sin salirnos del hombre—. Aceptar el dolor como el aire en que respira y de que se nutre y fabrica su eternidad la existencia humana, es en sí una actitud, al menos objetivamente religiosa. En Vallejo esta actitud no es propiamente cristiana porque, al menos reflejamente, no baja a los motivos profundos y reales que nos muestran el dolor como el camino trazado por la mano de Dios para la reconquista del Paraíso perdido; es cristiana en cuanto que provoca en él reacciones trascendentales hacia el más allá y lo urge al alivio del dolor ajeno por motivos, varias veces explicitados, aunque no siempre cristianos.

Ante todo, lo aceptase o no, el dolor fué derrochador con Vallejo. Vacío y desprecio en Lima, cuando irrumpe en el mundo crema del postmodernismo con la voz dislocada y sangrante de **Los Heraldos Negros**. Calumnia y cárcel en su pueblo natal, poco después de la muerte de su madre. Luego la ausencia, el peregrinaje y la extranjería hasta la muerte. El hambre en una ciudad cosmopolita. La visión de la Rusia de 1929 y de la España roja de 1937. La enfermedad. La soledad. El apunte de Picasso hecho en junio del 38 nos ha dejado un rostro crispado como un puño.

LA MUERTE

César Vallejo, poeta de muerte, tiene momentos, esos momentos desconcertantemente contradictorios de todo poeta, en que la teme:

Se atulmuta la sangre en el termómetro. No es grato morir, Señor, si en la vida nada se deja y si en la muerte nada es posible... (PH 235).
nada es posible... (PH 235).
Que la muerte es un ser sido a la fuerza (E 262).

Sin embargo predomina la aceptación, y aún la vocación de muerte. Este sentimiento, y el de temor, se fusionan en **Imagen española de la Muerte:**

Llamadla! ¡daos prisa! Va [buscándome,
con su cognac, su pómulo moral,
sus pasos de acordeón, su palabrota.
¡Llamadla! No hay que perderla el [hilo en que la lloro,
De su olor para arriba, ¡ay de mi [polvo, camarada!
De pus para arriba, ¡ay de mi férula, [teniente!
De su imán para abajo, ¡ay de mi [tuma! (E 262).

La aceptación escueta destaca en innumerables momentos que llegan a crear un verdadero clima de muerte: el camino alargado es un ataúd (HN 69) y toda la tierra un inmenso féretro cuyo borde está en la sombra del horizonte (HN 38).

La vocación positiva de muerte:

Hoy me palpo el mentón en retirada
y en estos momentáneos pantalones, [yo me digo:
tanta vida y jamás!
me gusta la vida enormemente
pero luego, desde luego,
con mi muerte querida... (PH 166).
No poseo para expresar mi vida, sino [mi muerte.

Y, efectivamente, expresa la vida de los mineros desde un punto de vista originalísimo, como si toda la vida estuviese en la catástrofe final:

Los mineros salieron de la mina
remontando sus ruinas venideras

LA TRAGEDIA DE LA SOMBRA

por

ALFREDO TREVIÑO

EL HECHO

HOLA... Hola... ¿Hablo con EL DIARIO?... Acaban de sacar un cadáver del Lago... Frente al Yatch Club...

Alto, esbelto, piel blanca, cabellos en sortijas cayéndole sobre la frente tersa, párpados entornados como en sueño, cara lívida y plácida, abdomen sin deformaciones, ausencia de contracción muscular.

La inmersión no le había producido asfixia.

Ni una insignificante equimosis señalaba a la policía los primeros pasos para iniciarse.

El juez siguió dando órdenes.

En uno de los bolsillos del saco se ocultaba, dobladita, una hoja de cuaderno con anotaciones a lápiz. "Al 543 diez pesos". En otro, una foto-postal de Greta Garbo; un pequeño almanaque de los sueños; cinco décimos de lotería, no premiados, naturalmente; una cartera en estado de gravidez —guardaba en su panza 3.450 pesos en billetes de diez y cinco— cuatro pagarés garabateados con una firma y otras tonterías más, pero ni un documento, ni una modesta tarjeta, ni un monograma que dijera algo de la personalidad del muerto, apareció en la revisación que prolijamente se le hiciera.

¿Quién era el yacente? ¿Cuáles fueron las causas de su muerte?

De la mesa mormórea donde el cadáver dormía el sueño sin fin, ascendía enorme interrogante que todos queríamos desdibujar con caprichosas deducciones, lógicas para los eminentes, aunque consideradas absurdas por personalidades policíacas que llegaron al Illimani de su saber gracias a la enseñanza que recibieron en larga experimentación.

—La autopsia dirá la última palabra —arguyeron las autoridades — y el hombre alto y esbelto fué llevado a la sala de disección en una mortaja de misterio.

El bisturí aró y escarbó. Probetas, ácidos, reacciones... La química llegó a esta conclusión: "vísceras limpias de materias tóxicas". El forense a esta otra "estado normal de partes vitales". Los directores de la pesquisa a la definitiva "defunción sospechosa. ¡Hay delito!"

Cada uno de los interventores inició su marcha siguiendo la línea radial que partía de aquel centro que era el hecho y la víctima real de éste, una vez recompuesta, fué entregada a la madre tierra para su descanso quizá eterno.

Los diarios de precio mínimo llenaron sus páginas con amplios detalles del supuesto crimen. Los grandes rotativos "hablaron" de un probable suicidio. Las publicaciones vespertinas definieron el suceso con títulos a ancho de página. **¿Hubo suicidio? ¿Hay una mano criminal oculta? ¿Fué natural la muerte?**

Los reporteros se lanzaron a la calle en misión pesquisante, llevando el bagaje de su voluntad envuelto en las preguntas innegables.

—¡Pobrecito! ¡Qué simpático era! — Varias mujeres rodeaban a la joven que opinaba ante el grabado descortés publicado en la hoja de aquel diario.

—Alguna mala mujer será la culpable —decía una del corro al mismo tiempo que pretendía acallar los lloriqueos de un chicuelo embozado en mugre.

ANVERSO

Don Alvaro Núñez llevó sus años con la gallardía de un caballero de los tercios famosos. Acaso su espíritu, en la otra encarnación, corrió andanzas por tierras flamencas; quizá guió la mano que un buen galante hizo jugar con destreza para lavar el honor de una su dama, con la sangre del difamador; tal vez lo desencarnó certera estocada vengadora de agravios, pero lo innegable era que don Alvaro Núñez vivió en este valle lacrimógeno, llevando a cuestas, muy a su gusto, el pesado bolsón de una noble ascendencia donde en orre promiscuaban cualidades que podían tapar algunos defectillos; bondades incontables envueltas en embozo de altivez; gratísimos recuerdos de placeres catalogables y alguno que otro dolor cuyas consecuencias se encargó de suavizar el acomodaticio señor de los Olvidos.

REVERSO

Ana Rau vino al mundo con la misión de amargarle la existencia a quien se le pusiera a tiro.

Para cumplir el extraño encarguito dejó junto al umbral de la vida el estuche de su corazón y en él quedaron sentimientos, afectos nobles y desinteresados y alguna que otra lagrimita que pudiera traicionar la egoísta insensibilidad del espíritu que se agazapaba en el molde de la niña.

LO INEVITABLE

El Destino, en uno de sus caprichosos malabarismos, asió fuertemente a esta rara mujer y a don Alvaro y un día, poco importa cuál, que las causas no pesan en la gran balanza, sí los efectos, les preparó un encontronazo y al tálamo nupcial fueron a dar con sus humanidades.

Doña Ana Rau de Núñez alumbró a su debido tiempo, eso sí, un precioso niño de piel blanca como la del padre; ojos verdemar, copia fiel de los de la progenitora y unos anillitos de cabello rubio que con el tiempo atraerían las miradas de niñas románticas y puede que alguno de ellos, encerrado en la cárcel de un guardapelo, fuese, conservador de recuerdo, a recostarse en el seno coquetón de una enamorada caprichosa.

El niño se llamó Pedro.

Galoparon los días... Corrieron los años...

EL HOMBRE

Pedro Núñez Rau amaba a la vida y ésta le correspondía, especialmente cuando la línea paterna imponía su condición ancestral.

A veces el cansancio aletargaba al Núñez y de inmediato entraba en acción el instinto maternal. La sangre de la Rau mandaba y era obedecida. Pedro dejaba de ser dadivoso y se mofaba de los sentimentalismos ridículos, que no otra cosa eran para él pesares ajenos. Nunca puso empeño en favor alguno para evitarse tenerlo que hacer sin "interés".

Su sombra le acompañaba; le cronometreaba sus pasos; le decía de apresuramientos y esperas; se agazapaba en escondrijos de lúgubres zaguanes aguardando que su dueño saliera de algún cuartucho destartalado hundiéndose papeles en los bolsillos y acompasando las pisadas con sollozos o suspiros de rendición de las pobres víctimas.

Ya a la luz hombre y sombra se ligaban de nuevo y seguían obedeciendo al Destino mientras la conciencia cabeceaba de sueño junto al alma del Núñez.

—¡Maldita sea mi sombra!— soliloqueaba Pedro.

—¡Perra maldita! —repetía a menudo— ¿Cuándo me dejarás solo?

Por miedo a la constante persecución, nuestro hombre aprovechaba los lugares obscuros para disfrutar de la independencia deseada. Vivía casi en tinieblas para así tranquilizar su espíritu ante las largas ausencias de la pegajosa compañera, pero ésta lo acechaba; no le perdía el rastro en espera de una claridad que la silueteara de nuevo.

Así se desenvolvía el mortificante vivir de Rau bien distinto del de Núñez que, en su despreocupación, no se fijaba en su acompañanta y si vió supúsola de procedencia ajena.

Un día Pedro Rau sintió deseos de bañarse de sol y las márgenes del Lago fueron el lugar elegido para el paseo.

¡Cómo respiró a pleno pulmón! Contemplando el zigzaguear de los aparejos en el agua sintió deseos de subir a bordo para perder su rigidez en el espejo ondulante del lago. El despejado cielo le habló de libertad; los barcos sesteando le dijeron de reparador descanso después del mucho andar; el lejano horizonte le invitó a acortar distancia...

El hombre sufrió un sacudimiento de rebeldía y se palpó la abultada cartera. Tenía suficiente dinero para...

De reojo vió otra mano que se aplastaba sobre la suya y se sobresaltó. Volvió la cabeza y los ojos quisieron salírsele de las órbitas. La inseparable, como siempre, remedaba o seguía sus movimientos.

—¡Maldita seas! —rugió el hombre. La sombra aguantó muchas maldiciones hasta que cansada de tanto reproche preparó su brazo y Pedro Rau recibió un formidable directo en la mandíbula que surtió el efecto deseado.

Pocas horas después EL DIARIO supo por el aviso telefónico que en el Lago...

LA TRAGEDIA

La sombra huyó en busca de Núñez y no consiguió hallarlo, pero incansable lo sigue buscando hasta por los lugares de luz mortecina; hasta por las calles mal alumbradas; hasta por los cuartitos de labor de los hombres que piensan.

Tú como yo, lector amigo, hemos visto esa sombra. En nuestro camino se ha cruzado alguna vez. De los pies de la mesa de trabajo ha corrido a un rincón temerosa de que le hablemos de su crimen.

A medianoche, en el obscuro silencio de la meditación, la volveremos a ver, hasta que decepcionada por no hallar a Pedro Núñez, se entregue a la justicia como autora de la muerte de Pedro Rau.

Hasta ese día arrastrará el secreto de su tragedia la sombra de Pedro Núñez Rau.



CRISTO OBRERO Y EL INFIERNO

por JOSE MARIA DE QUINTO

AL parecer, la debatida polémica en torno a la descristianización de Francia ofrece ahora perspectivas más halagüeñas. Francia, según se dice, no es un país de misión, contrariamente a lo que afirmaron en su libro los sacerdotes Godin y Daniel. Las estadísticas y encuestas parecen probarlo así. No obstante, después de la lectura de **Los santos van al infierno**, novela de Gilberto Cesbron, y de tener noticia del libro del P. Lombardi **Un mundo nuevo**, la esperanzadora situación del cristianismo francés, más concretamente del catolicismo europeo, no parece responder a un hecho real. Por lo pronto — y no deja de ser grave —, la descristianización de la masa obrera europea es un hecho cierto que no precisa de demostraciones. Mas para el abate Renaud, párroco de Saint Charles de Monceau, de París — me sirvo de una nota de Manuel Lizcano aparecida en el número 39 de estos CUADERNOS—, "el abandono evidente de la fe por la masa obrera no puede imputarse a sus condiciones materiales de vida ni al abandono de los propios católicos, sino al laicismo...; y la batalla tienen que darla los católicos no en la fábrica, sino en el medio familiar".

Desde luego, sobre esta cuestión, opina de un modo distinto, muy distinto, el P. Lombardi en **Un mundo nuevo**. Para él — la postura es decididamente valiente —, el culpable de esta deserción de la masa obrera es, en gran parte, el propio catolicismo. Y, en cuanto a la determinante de las condiciones materiales de vida en tal ausencia de Dios, nos da buen testimonio la novela de Cesbron **Los santos van al infierno**, en la que no se hace otra cosa que describir sencilla y llanamente el suburbio imaginario, pero no por eso menos real y próximo a todos los suburbios europeos, de Sagny. Para el P. Lombardi, el escándalo del siglo XX no es otro que el de la descristianización del pueblo, cuyas raíces se encuentran principalmente en la inercia y tradicionalismo excesivo de sacerdotes y religiosos. Tan es así que, en su libro, el P. Lombardi habla de revolución — no de evolución —social, basada en el indudable valor temporal del Evangelio; y se refiere también a la reforma de la Iglesia, si no en el sentido que imputó la reforma de Trento, si con un propósito y unas consecuencias mayormente importantes. Porque todo lo que hay de humano en la Iglesia debe ser renovado. Dice el P. Lombardi, a más razones, que el mundo ha crecido y los católicos, apegados a un riguroso tradicionalismo, se han quedado atrás, muy atrás, con un retraso de siglos con respecto a la vida moderna. Y que sólo ante una Iglesia renovada—eficazmente renovada—cabe esperar la incorporación de las masas a Dios.

Dentro de la literatura "testigo" —la que da testimonio de su tiempo— ha de quedar, sin duda, la novela de Gilbert Cesbron **Los santos van al infierno**. En ella el hambre y la miseria y el dolor habitan en cada una de las casas; donde en una sola habitación vive toda una familia, y los hombres se emborrachan y abortan las mujeres y los niños son devorados por ratas enormes. Sagny es el nombre de este suburbio obrero, y aunque Sagny — como advierte Cesbron — no podremos encontrarlo en el mapa, Sagny existe y es conocido por todos los europeos, a quienes no importa mirar. Sagny es, pues, tierra de misión, y cierto día en la calle Zola — una de las calles del barrio — aparece el P. Pedro. El P. Pedro — sin apellidos, como los santos — es un sacerdote obrero, que alternará la dura jornada de la fábrica con la predicación y la ayuda a los hombres; que llegará a no existir, a no ser, para **ser los otros**. La novela empieza. Ante la imposibilidad de resumirla, recojamos algunos momentos. Pedro, ayudado por sus compañeros, ha asaltado un viejo cobertizo vacío, pese a la oposición de su dueño. Un incendio ha dejado sin hogar a una familia. ¿Es que van a morir de frío esta noche de invierno? Pero la Policía irrumpe en el lugar.

"¿No le da vergüenza, a usted, un sacerdote, de ser comunista?", le dice el comisario. Pedro replica; alega que nada tiene que ver el asalto al cobertizo con el comunismo, y entonces el comisario huye escandalizado hacia el coche: "¡Un cura comunista! ¡Un cura, un cura comunista!"

Otro momento: Acaba de suicidarse un amigo, un casi convencido del P. Pedro. Este, horrorizado, huye de Sagny hacia París; necesita de otros aires. Pero qué distinta la vida de la ciudad, la vida de los barrios ricos; **aquí respiraba aquel anestésico sin igual que tranquiliza la conciencia y aduce argumentos para vivir con tranquilidad: "Que la igualdad no es de este mundo...; que no es culpa vuestra si hay huelgas...; que el dinero no hace la felicidad..."** Pedro sigue paseando por las aristocráticas calles, y se detiene frente a una iglesia, y piensa: **Aquel que ha dicho: "Pobres de los ricos", está prisionero en este barrio.** Y sigue paseando con la imagen reciente, el recuerdo aún vive, del amigo suicida anegado en sangre. **Todos no son culpables —piensa—, pero sí responsables.** Porque — y de pronto parece descubrirlo — estos dos mundos no son el de los buenos y el de los malos, sino el de los ricos y el de los pobres.

El sacerdote obrero Pedro atraviesa, siempre en defensa de los pobres, por vicisitudes tremendas. Porque **participar en la lucha al lado de los pobres, de los humillados... esto es lo que El ha hecho y es lo que El haría hoy**. Así, presencia y toma la palabra en reuniones políticas; cuando la entiende justa, forma parte activa de una huelga; se manifiesta en contra de la Policía... Y, al fin, el arzobispo de París le llama a su despacho. **Piensa** — quizá que se ve obligado — desterrarle de Sagny. Es preciso pedirle cuentas por sus muchos... escándalos. El interrogatorio se produce en estos términos:

—Yo no conozco a Sagny, pero he conocido otros Sagny. Puedo imaginarme su vida.

—No, monseñor. La vida de un sacerdote nSagny sí puede usted imaginarla; pero la de un obrero, no puede imaginarla.

—¿Es cierto que algunos días se abstiene usted de celebrar Misa?

—A veces me privo de ello por considerarme indigno.

—¿Desde cuándo no se ha confesado usted?

—No lo sé, monseñor. Hace tiempo.

—¿Cree usted vivir en estado de gracia?

—Vivo en una gran paz..., y, sin embargo, también vivo en una angustia casi constante.

El interrogatorio sigue. Y el cura Pedro es, al fin desterrado de Sagny, sustituido por otro sacerdote. Pero el cura Pedro ya no puede vivir en soledad, dedicado su tiempo a la contemplación, ni tampoco a las labores fáciles—pobres— de una parroquia. El cura Pedro necesita estar presente en su tiempo, y huye, huye hacia el Norte.

LOS AYMARAS Y LOS QUECHUAS

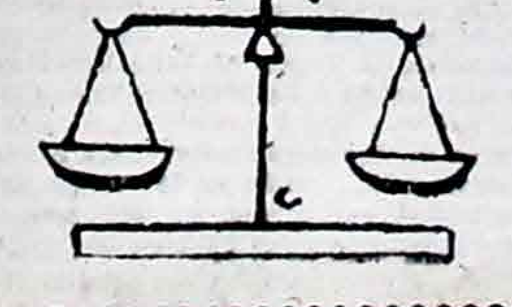
Sobre esta gigantesca naturaleza de la Altiplanicie del Titicaca, única en el Continente, de vigor prehistórico, se volcaron, por la Roca y el Pajizal, por la Papa y el Auquénido, las dos naciones aborígenes más esclarecidas de la historia, los Aymaras y los Quechuas... Con el granito de las montañas tallaron e irguieron los famosos monumentos de Tiahuanaco; entre el pajizal y el nevado, apacentaron sus magníficos rebaños; en el remanente de la tierra fértil, cultivaron cereales que ahora nutren a toda la humanidad; rindieron a su esfuerzo productor el Lago-mar, mediante sus embarcaciones de totora. Y sobre esas bases materiales construyeron sus sueños de felicidad y de grandeza, alimentaron su pensamiento y constituyeron su *alma*, su ideología, su cultura. Dos nacionalidades aborígenes, la una más que la otra, que crearon la historia más original y avanzada de la América precolonial. Todavía, desde el bajo fondo en que viven hoy, mantienen y sustentan las fuentes de la nacionalidad, con sus idiomas, que no se dan por vencidos, y más que todo, con su trabajo, que nutre su conciencia social.

URIEL GARCIA.

LA LLAMA

Es el único de los animales al que el hombre no ha logrado envilecer. La llama no se deja golpear ni maltratar; consiente en ser útil, pero a condición de que se le *ruegue* y no se le *mande*. Esos animales caminan en tropas más o menos numerosas, conducidas por indios que van por delante de ellos, a gran distancia. Si la tropa se siente cansada, se detiene y el indio se detiene también. Cuando la estada se prolonga, el indio, inquieto al ver descender el sol, se decide, después de haber tomado toda clase de precauciones, a suplicar a sus bestias a que continúen su camino. . .Si las llamas están dispuestas a hacerlo, siguen al indio, con paso igual y ligero; pero si están cansadas, vuelven la cabeza altiva. Permanecen inmóviles, apretadas las unas contra las otras, ya echadas, o mirando al cielo con miradas tan tiernas, tan melancólicas, que se creería verdaderamente que estas admirables criaturas tienen conciencia de otra vida. Su largo cuello, que llevan con graciosa majestad, las largas sedas de su pelaje siempre limpias y brillantes, sus movimientos flexibles y tímidos, dan a estos animales una expresión de nobleza y sensibilidad que inspira respeto.

FLORA TRISTAN.



LOS FANTASMAS DE OURO PRETO

por CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE

LOS brasileños no se han percatado todavía de lo que los buenos fantasmas pueden aportar al incremento de la industria del turismo. Sin embargo, Brasil es uno de los más abundantes depósitos de apariciones en el mundo. El progreso, lejos de suprimirlas, les ha dado un nuevo colorido. En Europa, todo pueblo tiene la fortuna de contar con fantasmas auténticos, tradicionalmente radicados en una casa o en un sitio, sabe cómo atraer la atención de los forasteros. Hasta hay quienes simulen la existencia de espectros, pero una agencia turística respetable no puede echar mano de métodos fraudulentos.

Las ciudades históricas brasileñas son focos naturales de interés turístico, pero sólo en potencia. De Alcántara en Maranhao, hasta Pilar en Goiás, carecen de elementos básicos para seducir al forastero lleno de dólares o pesos debido, para principiar, a la imposibilidad de un viaje cómodo y rápido, y después, a la falta de alojamientos.

Ouro Preto es caso único de ciudad antigua con un buen hotel, pero ¡Cuántas complicaciones para llegar hasta allá! No todo el mundo tiene la fibra para ir en automóvil desde Río. Y por la línea ferroviaria Central do Brasil hay que hacer dos cambios de trenes si se parte de Río y tres si se sale de Sao Paulo. Hay quienes prefieren viajar en avión a Belo Horizonte y después arriesgarse en un automóvil alquilado para efectuar la etapa final del viaje. Pero no hay que confiar en eso; lo cierto es que en la capital de Minas quizás haya que tomar un lento ómnibus que a veces llega a su destino y otras no. En épocas de lluvias los pasajeros a menudo tienen que bajarse para ayudar a empujarlo.

Se comprende que con tantos problemas que demandan solución inmediata, el gobierno no haya prestado todavía mucha atención a los fantasmas como fuente de atracción turística y, por lo tanto, como factor de ingresos digno de nota. Pero los particulares podían tratar de hacer alguna cosa y no lo hacen. Quizás conservan el prejuicio de que la propiedad inmueble se desvaloriza cuando sirve de morada a seres misteriosos y de escenario de hechos sobrenaturales... No ven la posibilidad de sacar provecho a ese escalofrío que la casa encantada hace correr por nuestra piel.

Ouro Preto es una de esas ciudades ricas en fantasmas, pero que prefiere ser vista desde otros ángulos menos novelísticos. No seré yo quien vaya a disuadir de esa idea a los **ouropretanos.** Los amo como son y como quieren ser, pero lamento en lo íntimo que den poca importancia a las historias de medianoche sobre desvanes viejos, callejuelas coloniales y las perforadas colinas de la ciudad...

El conocido historiador Augusto de Lima Junior dice que, según la tradición, en el barrio de Agua Limpa se oyen por la noche gemidos de esclavos azotados; que en la Loma de la Queimada los fantasmas son tan atrevidos que llegan hasta a tirar del brazo a quien se aventura a subir por aquellas yermas faldas llenas de ruinas; y que en la sección de Taquaral se pueden ver luces en el interior de las galerías abandonadas desde hace largo tiempo y oír el ruido de herramientas. Como hombre prudente, Lima no deja de mencionar la explicación materialista que encuentran los espíritus fuertes para esos fenómenos; graznidos de lechuza, batir de alas de murciélagos, croar de ranas, el viento Pero queda otra explicación: dondequiera que reinó el absolutismo y donde se buscó afanosamente oro siempre queda materia para el remordimiento de las generaciones.

Valiéndome todavía del material coleccionado por el doctor Lima, citaré en abono de esta afirmación el caso del propio palacio del Gobernador, centro de opresión e injusticia donde asustaban constantemente hasta que lo ocupó la Escuela de Minas. (Parece que la manera más eficaz de eliminar a los duendes es instalar servicios públicos en sus reductos, medida que desaparecebo). Y el del Museu da Confidencia, que fué una terrible prisión durante muchos años, gozó de gran reputación como lugar frecuentado por los fantasmas. Según el misterioso poeta Critilo, fué un

...soberbio edificio levantado
Sobre huesos de inocentes, cons-
(truído
Con lágrimas de los pobres...

Y nada más comprensible que esqueletos bailasen en el fondo de sus subterráneos, en torno a presos angustiados.

El Museo y la iglesia de Nuestra Señora del Carmen son vecinos y las apariciones exclusivas del cementerio de esta última asustaban a los centinelas de la antigua cárcel. Lima menciona también a niños sin bautizar cuyas almas rondaban por el cementerio de la iglesia del Buen Jesús de las Cabezas, y el episodio de la caza de una alma que el diablo en persona fué a hacer al camposanto de la iglesia de San Francisco de Paula. Termina afirmando que en una noche de luna, en el camino que va hacia la Cachoeira do Campo, lo acompañó un soldado vestido a la antigua y montado en un caballo blanco, rigurosamente fantasmal. Por lo tanto, no quedan dudas.

En 1922 demolían en la calle de Sao José una casa que había sido habitada por José Joaquim da Silva Xavier, mejor conocido como Tiradentes (alférez de caballería que encabezó una abortada conspiración contra Portugal en 1789)... Un joven de dieciseis años, José Salame, vigilante de los trabajos, despertó de su profundo sueño una noche cuando un ruido insólito anunció la presencia de nada menos que de Tiradentes, ejecutado 130 años antes. El alférez indicó al aterrorizado joven un punto en el suelo, le ordenó cavar allí y luego desapareció. Salame rompió las tablas del piso y cavó con su piqueta. Pronto topó con un viejo cofre lleno de papeles y barras de oro... Ya fuera por falta de valor para quedarse con todo o por ser indiscreto, lo cierto es que el hallazgo se divulgó y el juez Oliveira Andrade se encargó de la partición legal del tesoro. Perdura la leyenda de que los papeles contenían noticias de otros depósitos, aun más fabulosos, de barras de oro... escondidas por los conspiradores de 1789 y por otros individuos que trataban de rehuir la fiscalización real. Tal vez los rumores sean ciertos. Ya veremos.

EL CINE EN HISPANOAMERICA

por MARIANO PEÑALVER SIMO

EL CINE COMO ESPECTACULO, SUS PROBLEMAS

Estudiemos ahora con algún detenimiento el último de los apartados que nos propusimos desarrollar. Bajo este epígrafe nos encontraremos con los problemas más palpitantes y vivos que tiene planteados el cine actual, que son al mismo tiempo los que precisan una solución más urgente.

El cine es todavía un espectáculo público. Su especial organización exige que para contemplar una película hayan de reunirse unos centenares de personas ajenas entre sí y unidas tan sólo por un deseo común de esparcimiento. Es posible que llegue el momento en que la televisión transforme el cine de espectáculo público en entretenimiento familiar. Y hasta se podría pensar que llegue un día en el que contemplar una película sea una operación tan fácil y tan íntima como leer un libro o escuchar una grabación musical. Pero hasta entonces el cine seguirá siendo un espectáculo público y queremos insistir en su calidad de público, porque evidentemente este es uno de los factores que determinan la especial caracterización que tiene el cine, aun el cine de mejor calidad, en relación con los demás medios expresivos.

Paul Souday decía a este respecto: "Necesariamente limitado y superficial por sus medios, el cinematógrafo es vulgar por su destino. Los mismos films se proyectan en los más ínfimos villorios de las cinco partes del mundo. ¿A qué bajo nivel será necesario llegar para satisfacer el gusto de esta enorme muchedumbre?" Queremos destacar en esta frase la gran importancia que para el cine tiene su enorme posibilidad de expansión, el número incalculable de sus contempladores. En cuanto a que esto sea la causa de su vulgaridad, recordemos la suprema aspiración de Michelet: "Mi sueño es el de un teatro inmensamente popular, que responda al pensamiento del pueblo, circulando en los más ínfimos villorios".

Un cine inmenso que responda al pensamiento del pueblo: es lo que estamos necesitando. Un cine que sea testimonio de nuestro tiempo. Así como en los tiempos heroicos del cine, la gente empezaba a cansarse de contemplar en la pantalla "obreros saliendo de una fábrica" o "maniobras de la caballería italiana", así también en nuestro tiempo estamos saturados de comedias insulsas a la americana, de "antiguos monarcas que hablan como cualquier viajero de tranvía"; de niños que se expresan como filósofos; estamos hartos ya de convencionalismos y de mentiras que, si a veces logran distraernos, nos dejan en el mejor de los casos en el más absoluto vacío cuando no nos llenan la cabeza de estupidez y vulgaridad.

Hay que pedirle al cine todo lo que es capaz de darnos. Necesitamos un cine que diga nuestra verdad. Sólo así el cine de cada nación hablará con una voz auténtica y sólo así su mensaje conseguirá traspasar sus fronteras.

Sólo diciendo nuestra verdad el cine de los católicos será un verdadero cine católico. Como dice Aranguren, "seamos católicos de verdad, y después, sin más preocupaciones, hagamos buen cine. Aunque no lo parezca muy ostensiblemente, ese cine será católico".

Y entramos con esto en el problema más importante que tiene planteado el espectáculo cinematográfico y cuya consideración ha sido en realidad el motivo principal del presente artículo: cuál es y cuál debe ser la posición de los católicos ante el cine.

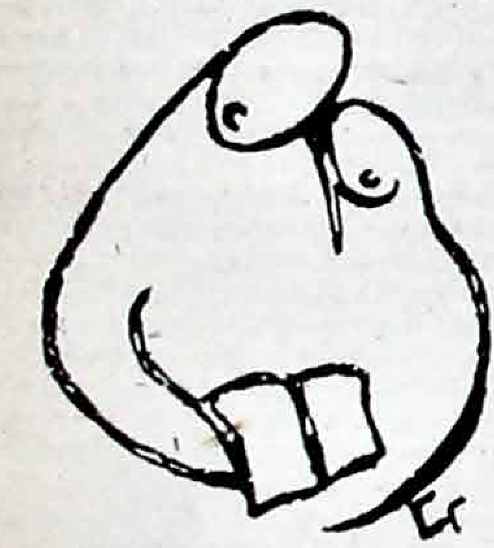
Tres son, según Aranguren, las posturas adoptadas por los católicos ante la realidad del cine. Una primera postura de indiferencia, es decir, un deseo de no tomarlo en cuenta. Fué una etapa superada ya.

Ha seguido a ésta, una postura de prevención, de "actitud defensiva contra el cine"; se le contemplaba como "un peligro, un enemigo, indirectamente de la fe; directamente de la moral, las buenas costumbres, la salud espiritual". Nada se esperaba de él y, por tanto, a lo único que se aspiraba era a que no nos hiciese daño. Una actitud de tolerancia que se defendía con un medio negativo. Esto es, la censura.

Hoy, aun cuando tiene universal arraigo la anterior etapa, va cobrando vigencia una postura de valoración positiva del cine, concretada en el deseo, más o menos conseguido, de hacer "cine católico". Un cine que, según el autor citado, puede proponerse tres cosas distintas: Hacer cine moral —a veces en el sentido de cine no-inmoral, con lo que se nos da moral por religión—. Hacer cine temáticamente católico, conversiones, vidas de santos, obras de misiones, etc., pero como dice Aranguren, conviene que "dejemos tranquilas en los libros de apologética, las demostraciones del catolicismo...; al cine no debemos pedirle más que su testificación". Y, por último, un cine que no se esfuerce en aparecer como católico. Un cine que es moral porque es religioso, que demuestra porque da testimonio, que sublimiza porque eleva las virtudes humanas al plano de lo sobrenatural. Es el cine auténticamente católico, es el que estamos necesitando aquí, en América y en todo el mundo. Pero este cine es también el más raro y desconocido. Ejemplos de este último tipo podemos decir que son casi inexistentes en Hispanoamérica. De las clases anteriores hay algunas películas que podrían servir de ejemplo, pero por su calidad apenas merecen ser citadas. Y es que éste tipo de cine —la más fecunda— sólo es viable cuando se cuenta previamente con un nivel artístico considerable.

En realidad, como decíamos antes, la actitud predominante ante el cine —en ocasiones, la única adoptable—, es la que lo considera una purificadora censura, orientadora al mismo tiempo del criterio del público. Esta es la situación general en Hispanoamérica a excepción de casos aislados en Perú y Colombia, que vienen a inaugurar caminos inéditos dentro de esta campaña protectora de los males del cine.

Porque dos son los caminos para proteger a los espectadores de la probable influencia del cine: una censura inflexible que prohiba a ciertas personas el acceso a determinadas películas, y una educación encauzada a conseguir que el espectador conserve su libertad y al mismo tiempo agudice su espíritu crítico ante la cinta que está contemplando.



LA CENSURA

La censura es un medio necesario en las actuales circunstancias, pero es también incompleto y su eficacia es muy discutible en más de una ocasión. No debe ser despreciado, en cuanto se trata de un medio táctico que suple la imposibilidad de desarrollar planes más amplios, pero el remedio que implanta es demasiado estrecho, demasiado simple, por lo mismo que es mucho más fácil de aplicar. Por eso su virtud está en la facilidad de su aplicación, gracias a la que puede resolver —aunque sea de manera imperfecta— el urgente problema de poner una barrera a la influencia perniciosa de cierto tipo de películas.

En Hispanoamérica encontramos fundamentalmente dos formas de organizarse la censura cinematográfica. Veámosla separadamente y detengámonos en cada una de los países, según estas dos formas se dan:

A) Encontramos en primer lugar una censura unitaria, centralizadora, puramente estatal y cuasi administrativa, con poca o con ninguna participación de la Iglesia. Es el caso de Méjico, Perú, Costa Rica, y El Salvador, entre los que conocemos.

En Méjico sabemos de la existencia de un proyecto de "Código de autocensura de los argumentistas de cine", al que suponía habían de ceñirse sus propios redactores. En él se defendía los valores patrios expresados en la Constitución, se condenaba la inmoralidad y el desnudo, pero utilizando un singular criterio discriminador, que decía, por ejemplo, refiriéndose a las comedias cinematográficas, que "éstas podrían mostrar escenas de desnudo que no excedan de los límites de lo picaresco y que puede tolerar el buen gusto". En el plano religioso la posición adoptada era tajante y muy reveladora del espíritu de sus promotores. Decía la cláusula cinco, que los argumentistas de cine "evitarán los temas, situaciones o escenas que tiendan abiertamente a hacer propaganda en favor de determinada religión o que adquieran la categoría de "culto externo" que prohibe la Constitución". No sabemos que tales preceptos hayan entrado en vigor, pero lo que sí podemos asegurar es que su mismo espíritu es el que informó al Consejo Nacional de Cinematografía, creado a finales del pasado año, nuevo nombre que se le ha dado a la Dirección General de Cinematografía de Gobernación, la cual en octubre de 1952, haciendo uso de las facultades que se le habían concedido, cortó de ciertos noticiarios informativos escenas de carácter religioso, como un Congreso católico celebrado en Inglaterra o la llegada de una imagen de la Virgen de Coromoto a Caracas. Una actitud que sólo puede ser equiparada —como se apuntaba en el Excelsior de Méjico— a la que se adopta en los países situados detrás del "telón de acero".

Sería ocioso criticar esta postura en un Gobierno que, al lado de esta actitud más o menos velada de antirreligiosidad, declara olímpicamente cómo gracias a su prudente censura, las películas mejicanas lograrán alcanzar el grado de "elevación moral y artística", que se merecen el honor de la patria y el decoro de sus habitantes. Tenemos en Méjico el ejemplo más agudo de censura estatal y centralizada, emancipada en absoluto de todo principio religioso.

En los demás países que hemos enumerado, la censura aun siendo oficial es menos enérgica, y de ahí que sus posibles errores de orientación no se den con tan acusados caracteres como en Méjico.

Este es el caso de El Salvador, donde funciona un Consejo de Censura y Selección de Espectáculos Públicos, dependiente del Ministerio del Interior y con jurisdicción en toda la República. Representantes de este organismo son los Gobernadores y los Alcaldes. Su misión es calificar las películas dándoles su respectiva categoría o rechazándolas de plano. Así, pues, atiende no sólo a la elevación moral de la cinta, sino también a su calidad artística. De la eficacia e inteligencia de su labor sólo conocemos la referencia indirecta de un articulista de Tribuna Libre que decía que gracias a su inteligente criterio habían entrado en El Salvador películas como El Gran Caruso, Sansón y Dalila, etc.

En Perú funciona una Junta de Censura que tiene atribuciones sobre toda la República. En cada Municipio hay un Inspector de espectáculos encargado de hacer cumplir la censura decretada en Lima por la Junta Central. Pero muy frecuentemente tales normas no son cumplidas ya sea por falta de control de los encargados municipales, ya sea por negligencia de éstos en el cumplimiento de sus deberes. Sin embargo, estas imperfecciones en el régimen de la censura, están siendo compensadas, como veremos después, por la eficaz y meritoria labor desarrollada en Lima por el Padre Sinaldi, a través de su ya abundantes sesiones de Cineforum.

En este país funciona como en Venezuela una Junta Local de Censura sobre la que tiene determinadas atribuciones el Alcalde del lugar. Pero en más de un caso, la competencia de sus miembros deja mucho que desear. No es muy seguro a veces el criterio seleccionador de las cintas censuradas. Y no siempre los componentes de la Junta tienen la suficiente categoría intelectual como para poder ser atendida su orientación por encima del particular criterio de cada espectador. En Bogotá, la Junta estaba constituída no hace mucho por cinco damas y un odontólogo. Esto nos puede ilustrar sobre lo que puede ser la Junta en ciudades de menor importancia. Su eficacia debía ser discutible al menos en relación con los niños, pues una declaración de la Sociedad de Neuropsiquiatría y Medicina Legal de Medellín, firmada en diciembre del pasado año, se pide que se prohiba a los menores de 14 años asistir a películas comerciales porque "dañan su desarrollo y ponen en peligro su moral y su patriotismo". Pide que al menos las películas sean previamente estudiadas por "censores preparados, tales como sacerdotes, médicos, psiquiatras, pedagogos, que pueden valorar los peligros que las cintas cinematográficas representan para la niñez". En realidad estas medidas serían innecesarias si fuera cumplido el llamado Código del Niño, instaurado por una Ley de 1944, que entre otras cosas prohibe dar a menores de 16 años películas que no sean estrictamente educativas, recreativas o moralizadoras

EL "CINE—FORUM"

Abandonamos con esto el tema de la censura cinematográfica para desarrollar el segundo medio que citamos de protección contra los males del cine.

Si la censura sustenta su protección en un método negativo, como es impedir que el espectador tenga acceso a determinadas películas, el cine—club y especialmente el cine—forum persiguen el mismo propósito por un camino diferente. Aquí lo que se intenta no es impedir la entrada a dichas películas, sino estimular el sentido crítico del espectador para que éste sea capaz por sí mismo de rechazar esas películas manifestando al mismo tiempo con su presencia su preferencia por aquellas otras cintas dignas de ser vistas.

Todo consiste en educar cinematográficamente al público. Y no hablamos de educación para el cine. Como se insiste una y otra vez en la Revista Internacional del Cine, lo importante es que si "el espectador aprende a discernir los valores de todo orden que integran una película, no se encontrará indefenso ante el poder de la captación de las imágenes cinematográficas'. y gracias a ello podrá en todo momento permanecer fiel a su propia personalidad "sin entregarse a los fáciles mimetismos que se les ofrecen desde la pantalla".

Su inclinación por las buenas películas, desde un punto de vista artístico y religioso, creará a la larga una demanda apremiante de esta clase de cintas cooperando así, de manera indirecta a la producción del buen cine.

Pero antes de estudiar estos supuestos en sus concretas realizaciones en Hispanoamérica, nos conviene distinguir, aunque sea de manera esquemática, entre cine—club y cine—forum Y para ello atengámonos sobre todo a las directrices señaladas por el Padre Gabriele Sinaldi en unos artículos publicados en el semanario peruano Verdades. Afirma dicho autor que el "cine—club" es una organización preocupada únicamente de "procurar a poco precio a sus socios, films de notables calidades artísticas". Pero añade, que tales clubs "han llegado a ser un buen pretexto para proyectar films gravemente inmorales o claramente obscenos". Considera como característicos en él: la crítica y el comentario sobre la técnica cinematográfica, ignorando completamente "los problemas conectados con el contenido de la obra fílmica"

Por el contrario la característica esencial del "cine—forum" es que considera al film como obra de arte, es decir como algo que hay que examinar según las dos facetas inseparables de contenidos y formas. El "cine—forum" no es pues ni una meditación ni una conferencia: es una discusión sobre esos elementos, formales y morales —en el más amplio sentido— que concluye con un juicio de conjunto sobre la calidad de la película.

En Hispanoamérica las realizaciones de cine—forum son todavía muy escasas. Prácticamente existen sólo en Colombia, Perú y "según noticias indirectas, también en Uruguay".

En Colombia, se vienen celebrando sesiones de "cine—forum" dos veces cada mes, organizadas por el Movimiento Católico de Testimonio, de cuya publicación mensual hemos recogido interesantes informaciones sobre este asunto. Particularmente curiosas fueron las sesiones celebradas en Suba y más tarde en Bogotá, a propósito de la película francesa Diario de un Cura Rural, basada en la célebre novela de Georges Bernanos. Se logró que el público se interesara en la discusión aunque no participaran en ella más que una pequeña parte de los asistentes. La película suscitó encontradas opiniones, especialmente en lo que atañe a su contenido argumental, reflejado, al parecer, fielmente en el relato cinematográfico.

En Perú el "cine—forum" está alcanzando un relieve extraordinario, gracias a la actividad de su creador e impulsor, el antes citado Padre Gabriele Sinaldi. Desde principios de diciembre del pasado año, en que se inauguraron las sesiones con la proyección de la película Quince días de vida, hasta febrero pasado en que según nuestras noticias se dió la última, se han celebrado hasta cinco sesiones de "cine—forum", habiéndose comentado y discutido películas como Canción de Navidad, inglesa, basada en un cuento de Dickens, El hombre del traje blanco, La Barrera del Sonido, ambas también inglesas, y últimamente la espléndida película de William Wyler Detective Story. Los debates que se han suscitado a propósito de estas cintas han demostrado palpablemente la gran eficacia de estas sesiones, cuya misión es, según palabras de Andrés Ruszkowski, miembro de la Organización Católica del Cine, y actualmente catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Lima, "lograr una participación más activa del público, haciendo que deje de ser un simple espectador", elevando al mismo tiempo su gusto para conseguir con ello "que un número mayor de personas asistan a más películas de categorías artísticas y contenido humano".

• • •

Hispanoamérica, pues, en tanto no posea una industria cinematográfica saneada, y una experiencia segura en estos menesteres: en una palabra, hasta que no posea una voz propia, un modo de decir auténtico, no tiene en el problema del cine más que una salida: educar a su pueblo a "leer en la pantalla" estimular su sentido crítico, devolverle su libertad de juicio. Sólo así, el cine dejaría de ser el vicio de las gentes de hoy para convertirse en camino más hacia la verdad.



¿MURIO JACK ABANDONADO POR ALFONSO DAUDET?

EN EL CINCUENTENARIO DE LA PUBLICACION DE LA CELEBRE NOVELA, ALGUIEN HIZO ALUSION A LA ACTITUD QUE HABRIA OBSERVADO EL NOVELISTA DEJANDO MORIR EN LA MISERIA AL QUE FUE INSPIRADOR DE SU TIERNO Y DOLORIDO HEROE.

EL público de habla española conoce la justamente célebre novela "Jack", de Alfonso Daudet, por las numerosas ediciones de traducciones más o menos célebres que de esta novela se han realizado y hasta este mismo público habrán llegado algunas noticias referentes a las polémicas que suscitó su aparición así como las recriminaciones que se le hicieron a Alfonso Daudet por haberse desinteresado del que fué prototipo de su Jack, un cierto Raúl Dubief, que habría fallecido miserablemente en un lecho de hospital, roído por la tuberculosis y el abandono de todos. Al parecer, sobre esta actitud del gran novelista, los Goncourt, en su famoso "Diario", hacen alusiones y explican más de un punto inseguro; pero el famoso "Journal" se encuentra celosamente guardado en la Biblioteca Nacional de París y se torna arriesgado realizar a este respecto una afirmación, en esas páginas, fundamentada.

En cambio podemos recoger las explicaciones que ha publicado un hombre de tanta probidad literaria como León Treich.

Según el cronista francés, "Jack era, en efecto, un tal Raúl Dubief, hijo natural abandonado por su madre, que vivía con un amante, y recogido por el doctor Jorge Rouffy (en la novela, el doctor Rivals) que ejercía su profesión en Draveil. Y es este mismo doctor Rouffy el que figura en "Roberto Helmont, diario de un solitario", a quien ocultó en los días del sitio de París, en 1870. Rouffy murió de insolación el 23 de agosto de 1883, después de una vida humanitaria que le hizo digno de una estatua en la plaza de la iglesia de Draveil. Pero volvamos a Jack.

Jack, pues, vivió en casa del doctor Rouffy. Pero, de temperamento bohemio e indisciplinado, una buena mañana abandonó el hogar de su protector y, atraído por la gran capital, llegó a París y comenzó a rodar, sin trabajo casi siempre, hambriento de continuo y en un estado de abandono absoluto.

Alfonso Daudet le recogió varias veces y, por otra parte, durante un largo período en que el infortunado debió permanecer en el hospital de la Caridad, en la sala de San Juan de Dios, no dejó ni un día de hacerle llegar todo género de recursos. Esto ya era bastante: pero Daudet quiso hacer aún más.

Habiéndose enterado por los médicos que atendían al enfermo que su protegido, minada la salud por el terrible mal, no viviría sino en un clima cálido, el gran novelista solicitó al prefecto de Argel, el señor Le Myre de Villiers, que le asignara un humilde puesto en sus oficinas.

En la primavera de 1870, Raúl Dubief marchó para hacerse cargo de sus tareas. Daudet le entregó algunas cartas de recomendación para todos sus amigos, y en especial para Carlos J..., quien acogió frecuentemente a Raúl en su encantadora residencia de Mont-Riant, que estaba situada sobre la costa de Mustafá.

Pero el clima de Argen no mejoró al enfermo, y el 9 de febrero de 1871 la madre de Raúl recibió del señor Carlos J... una carta en la que le decía: "Por favor: envíe algunas líneas de su puño y letra a su hijo Raúl, que se está muriendo".

No llegó respuesta. Cuatro días después, Raúl Dubief, Jack, había fallecido.

En un instante de lucidez, Raúl confió al amigo de Daudet su última voluntad para que se la hiciera llegar hasta una madre que tan cruel se había portado.

"Dígale usted —dijo— que no puedo estimarla ni como mujer, ni como madre; pero mi corazón, a punto de cesar de latir, está saturado de ella. Le perdono el mal que me ha causado".

Recordemos ahora las últimas frases de la célebre novela de Alfonso Daudet... Jack acaba de expirar; su madre ha llegado demasiado tarde para darle el beso postrero.

"El doctor Rivals se inclina:

"—Jack, mi amigo, es tu madre... Ha llegado.

"Ni un movimiento.

"—¿Muerto? —exclama la desdichada, los brazos hacia adelante, presta a abrazarlo.

"—No —dice el viejo Rivals, con voz terrible. —No. ¡Libre!"

LAS CALLES DE LA PAZ

José M. Asín

UNA calle nueva que partiendo de la Plaza del Cementerio, va hacia el parque Zuazo; la primera cuadra es bastante ancha, pero a partir de la calle Baltazar Alquiza, se angosta mucho terminando en un callejón sobre el río Apumalla.

No sabemos exactamente si esta calle lleva el nombre de José M. Asín, en recuerdo de don José María Asín, o de su hermano don José Manuel Asín, pero lo cierto es que a ambos hermanos les correspondería el derecho de nominar una calle de La Paz; ambos fueron eminentes patriotas que lucharon por la libertad del Alto Perú, y luego en la República ocuparon altos cargos en la Magistratura y en la Administración Pública.

El capitán de Milicias don Esteban Asín y su esposa doña María Carmen Franco tuvieron nueve hijos, pero solamente dos de ellos llegaron a la edad adulta, don José María, que nació en La Paz en 1774 y don José Manuel, en 1783. El primero, después de terminar sus estudios menores en el Seminario, pasó a la Universidad de Chuquisaca, donde se doctoró en Derecho y Teología; luego, en La Paz, fué ordenado sacerdote por Su Ilustrísima el Obispo La Santa. Fué Cura de Huarina y luego diputado por La Paz a las Cortes de España, viajando en consecuencia el año 1821 a la Metrópoli. En 1825 era elegido también diputado por La Paz a la Asamblea de Chuquisaca, donde se declaró la Independencia. Después de ocupar muchos cargos de carácter eclesiástico y político, murió en La Paz en noviembre de 1827.

Don José Manuel Asín, al igual que su hermano, cursó en el Seminario y luego en la Universidad de Chuquisaca se doctoró en Derecho. Cuando volvió a La Paz, fué designado secretario de la diputación provincial, cargo del que fué destituído por orden del Virrey La Serna, debido a sus actividades insurgentes. Lo mismo que su hermano José María, fué elegido diputado a las Cortes Españolas en 1824, pero la lucha por la independencia no le permitió viajar y, más bien, fué elegido diputado por La Paz a la Asamblea de 1826. Posteriormente ocupó una serie de importantes cargos públicos en la administración Santa Cruz; en 1848 fué Rector de la Universidad de San Andrés, luego Prefecto de La Paz dos veces. Fué Ministro de Hacienda y de Instrucción y Culto en la Administración Velasco, luego Ministro de Guerra de Belzu y posteriormente de Relaciones Exteriores. Después fué elegido Ministro de la Corte Suprema, falleciendo en 1860, cuando ocupaba la presidencia interina del Primer Tribunal de la República.

Los hermanos Asín se distinguieron sobre todo como magistrados probos y honrados a carta cabal, tanto en lo eclesiástico el primero, como en lo seglar el segundo, por lo que sus nombres son dignos de recordarse entre los de los más ilustres paceños.

R. S. M.

LO QUE DIJERON ALGUNOS HOMBRES CELEBRES ANTES DE MORIR

CONDUCIAN al patíbulo a **Acuña**, obispo de Zamora, cuando, encarándose con el verdugo, le dijo:

"Quedas perdonado, pero cuando empieces, aprieta fuerte".

●

Grocio, célebre jurisconsulto e historiador, dijo al morir, con voz tranquila, cual si presidiera una reunión imaginaria:

"Compostura, señores".

●

Ignacio de Loyola, dirigiéndose a los jesuítas que rodeaban su lecho, señalando un globo terráqueo:

"Os dejo el mundo".

●

Mahoma, con los ojos fijos en el cielo, exclamó:

"¡Señor, he escuchado tu voz... hacia tu seno me vuelvo!"

●

Napoleón Bonaparte dijo:

"Cabeza de ejército".

●

Mozart, con melancólica tristeza, decía:

"Dejadme oir esta música que ha sido siempre mi delicia y mi consuelo".

●

El mulato **Plácido**, que en Cuba fué fusilado por los españoles, al ser conducido al suplicio, dijo:

"¡Ay! ¡Que me llevo dentro de la cabeza un mundo!"

●

El sarcástico **Rabelais** murió exclamando:

"Bajad el telón: se acabó la comedia".

●

Dantón, el célebre tribuno francés, dijo al verdugo:

"Mira, muchacho: enseña mi cabeza al pueblo: vale la pena de que se vea".

●

El rey **Federico V**, de Dinamarca, murió diciendo:

"No hay ni una gota de sangre en mis manos".

●

En su agonía, **Goethe** gritaba:

"¡Luz!... ¡Más luz!...

●

El anatómico **Haller**, después de pulsarse, dijo:

"Esto se concluye: ya no me late la arteria".

●

Chateaubriand, el ilustre abuelo, sin que nadie haya podido saber a quien se refería, exclamó:

"Será grande y triunfará".

●

Chenier, el dulce poeta guillotinado por los revolucionarios, poco antes de colocar el cuello en la ventana de la guillotina, se dió una palmada sobre la frente diciendo:

"Mirad... Me parece que aquí dentro hay algo".

●

Dante expiró llamando a sus familiares:

"¡Venid, venid hacia aquí!

●

La infortunada **Ana Bolena**, reina de Inglaterra, en trance semejante dijo, a la vez que se tocaba el cuello:

"Es pequeño, muy pequeño, ¿verdad?

●

Simón Bolívar, el héroe de la independencia centroamericana, cerró los ojos exclamando:

"Unión, colombianos: unión sobre todo. ¡De otra manera la anarquía os devorará!"

●

Lord Byron, el fantástico y gran poeta, dijo al morir, sencillamente:

"¡Ahora, a descansar!"

●

El inmortal **Cervantes**, al morir materialmente, dijo:

"¡Esto es morir!"

●

Juan Jacobo Rousseau, como si contemplase un espectáculo maravilloso:

"¡Qué hermoso es el sol!"

●

Voltaire dijo:

"¡Vaya un viaje más corto!"

●

Finalmente, **Washington**, el ejemplar, como satisfecho con su suerte, exclamó:

"¡Está muy bien!"